

I. Título en busca de texto

—Día más, día menos —concluyó el Dr. Caamaño después de asegurarme con sobrio profesionalismo que me quedan seis meses de vida. En ese mismo momento decidí utilizarlos en escribir una novela.

A nadie se le ocurriría que a éste espléndido ejemplar de macho humano en la plenitud de la edad, y que un par de veces a la semana se trota sus buenos kilómetros por la playa, le queda tan poca cuerda. Ni a mí se me hubiera ocurrido que habría de tomarme una noticia de este pelo —la noticia— con tanta parsimonia, con tanta frivolidad casi diría. Pero ¿es posible tomarse con frivolidad la inminencia de la propia muerte? Sí, a condición de haber hecho lo mismo con la propia vida. Aquí la palabra frivolidad empieza a crujirme. Tiene una connotación de superficialidad, de cinismo casi, que no le conviene a mi caso. Indiferencia sería la palabra. Y por cierto que se puede mirar la propia muerte con indiferencia si se ha mirado la propia vida con indiferencia. Y el que diga que lo primero no es posible es porque no ha experimentado verdadera mente lo segundo. En todo caso: fin de la disgresión. Acabo de sentir el vértigo que implica asomarse desde el casi final a una interpretación de lo vivido, y rechazo de plano semejante ejercicio, por tortuoso y por infinito. Probablemente para protegerme de semejante tentación es que, sobre el pucho nomás, se me ocurrió sumergirme a partir de ahora en un mundo imaginario.

De la novela que voy a escribir —no me queda margen para *intentos*— conozco el título: *Aurora lunar*, que se me presentó instantáneamente al espíritu apenas escrita la palabra “novela” en la cuarta línea de estas notas. Sólo el título: ni una sola de las peripecias, ni uno solo de los personajes a los que les sucedan. De manera que lo único razonable que se me ocurre es empezar tironeando del pio lín disponible.

No sé qué sea una aurora lunar, pero recuerdo haber escrito hace tiempo unas líneas acerca de la luna. Del fondo del último cajón de mi escritorio emerge una libretita con tapas laqueadas en bordó y con calendarios de 1949 y 50 en la primera y en la última página respectivamente (me distraigo un minuto recordando de dónde salió esta libretita: la compré en el remate de la bodega de una vieja papelería, pero compré una caja entera de libretitas ¿dónde están las demás?). El apunte en cuestión tiene fecha: enero de 1985. Leyéndolo el recuerdo se precisa. Al final de otro día inútil estoy en el balcón del apartamento que tenía en Menora, entretenido en mirar el inagotable río metálico que es el Eje Central Oriente-Poniente. Ha caído el sol pero no es aún noche: una mitad del cielo es amarilla y la otra es celeste. Justo encima de la silueta de volcanes que corona el horizonte urbano una enorme luna llena “parece flotar *por debajo* del cielo, *dentro* de la bóveda celeste, desafiando así la más elemental de las experiencias humanas que consiste en la certidumbre de que todo lo que pesa, cae”. El apunte continúa ya con letra desga nada, argumentando que no se tiene la misma sensación ya cerrada la noche debido a “la numerosa compañía de las estrellas”, ni durante el día con el sol, porque “el sol es luz y la luz no flota”, etc. etc.

Aquella mirada *distraída* no era casual, era voluntaria mente lúdica, era una especie de experimento. En esos días acababa de leer el manual *La aurora del pensamiento griego*, de John Burnet (ya está: *la aurora* leída y *la luna* observada, relacionadas en mi experiencia vital, aunque aún no en tanto sustantivo y adjetivo), y jugaba a mimetizarme con los presocráticos (Heráclito y Anaxágoras discutiendo si el sol tiene la extensión de un pie de hombre o si es más grande que el Peloponeso y Empédocles aseguran do que “es la Tierra la que produce la noche al salirse de la luz”), un poco por puro ocio y otro poco bastante por sacarme un rato de encima

el peso de mi propia mente y —vaya si me pesaba el pensar en aquellos tiempos de Menora—, tal y como de a ratos, y sin que el piso se lo pida, un ciclista alterna los cambios de su bicicleta simplemente para descansar los músculos.

En la misma vena y con la misma luna tiene que ver un apunte fechado unos meses después en la misma libre tita. Parece que una medianoche al oír las primeras gotas de lluvia luego de una sequía de meses, en éxtasis y al galope subí a la azotea y “al final del eje vial, ya desierto a estas horas, he visto la luna llena apenas despegada del horizonte de edificios, y, en torno a ella, como una corona inmensa, resplandeciente y fugaz, abarcando el medio cielo aún despejado, las cintas de colores del arco iris lunar”. No recuerdo en absoluto si este fenómeno atmosférico realmente ocurrió y lo presencié o si de plano me lo inventé (es confuso en mi memoria todo lo que concierne al tiempo que viví en Menora), pero me parece claro que, real o fantaseado, de este arco iris lunar —especie de aurora boreal sin sol ni Bóreas— a la aurora lunar que ahora me aqueja, la distancia es ya más corta.

No me extrañaría que el fenómeno atmosférico en cuestión haya sido un halo lunar común y corriente de los que suelen rodear a la luna llena en noches de neblina, aunque magnificado por la influencia de excesivos espíritus burlescos ingeridos en plazo probablemente demasiado breve. Más que lo enigmático del fenómeno en cuestión, el regusto que me queda luego de por primera vez haber releído páginas de una de mis libretitas viejas es éste: ¡cuánto he cambiado desde entonces! Ya nada me hace correr en medio de la noche hacia las azoteas, ni siquiera los espíritus burlones, a los que sigo siendo aficionado; y si tal cosa ocurriera, seguro que para nada me pondría a proyectar mis fantasías en el mar de las estrellas a la manera de los primitivos. Soy más gris y me protegen mil rutinas.

Páginas más adelante encuentro otro apunte referente a la luna, breve y anodino: “Es cierto que hay lunas como enormes esferas de mármol flotando extrañamente en el aire, pero también hay las etéreas, las de algodón, rosa das, cremosas o ceniza, a punto de disolverse en la palidez de los atardeceres”. Y bien, sí, es cierto que la naturaleza ama disfrazarse, es ambigua, se presta a todas las lecturas afectivas o intelectuales de que venga cargada la mi rada. Aparte de eso: ¿cómo es que los romanos, con su gusto por el mármol, finos lectores del veteadado como eran, no declararon unánimemente marmórea a la luna?

Estas notas dispersas producto de la observación de la luna —y no recuerdo posteriores— no explican, pues, qué podría ser ésta “aurora lunar”. Que no puede ser tampoco un amanecer en la luna: no hay tal, puesto que la luna no gira sobre su eje. De hecho y en tal sentido, la única aurora lunar posible sería una especie de aurora *subjetiva*, obtenible avanzando por la cara oscura de la luna en dirección de la iluminada, y aún así habría que ver si la especie de efecto lumínico que así se observara merecería el nombre de aurora, cosa improbable, puesto que en la luna no hay atmósfera.

Previsiblemente, la fallida interrogación a priori acerca de este título (sospecho que arbitrario, a secas) va haciendo derivar mis pensamientos hacia un terreno notoria mente afín con lo lunar: el de lo femenino. No puedo dejar de notar que Aurora es, casi por antonomasia, nombre de mujer, y que lunar se acostumbra llamar a uno de los más exquisitos adornos que —en la dosis y el lugar de cuados— pueda lucir la piel femenina. Si tiene algún sentido —que creo que no lo tiene— querer deducir de semejante título un texto, con mucho gusto no voy a molestar me por el momento en ir más lejos. Me conformo por hoy con la siguiente y parejamente arbitraria conclusión: en el relato en cuestión habrá mujeres de piel lunada.

II. Deseo en busca de objeto

La especie de titulillo que ostenta lo que ahora escribo hace eco, obviamente, al del apunte de ayer. Diré cómo sucedió.

Como todos los martes fui a casa de Malena. A medias ya el té con tostadas habitual, lo menos dramáticamente posible, le expliqué que, de acuerdo, con el saber médico, le quedaba amante para seis meses. Le costó un buen rato aceptar que hablaba en serio. Cuando encajó la idea se puso a llorar desconsoladamente no sé si por mí o por su mala suerte —tiene treinta y ocho años y es viuda. Para distraerla le conté de la novela y del título enigmático. Inútil: lloró más todavía. Entonces le expliqué que habría mujeres con lunares en la historia: eso sí la distrajo. Completamente. Se secó los ojos y se sonó —una y después la otra— las narices, espíandome desde detrás de los párpados entrecerrados y con sus finos labios un poco fruncidos. Las otras (mujeres) son más interesantes que la Otra (la Muerte misma).

—¿More tea? —fingió, emergiendo del duelo y de detrás del pañuelo armada con su acento Anglo impecable mente entre trivializante y autoritario. De idéntica manera prologa Malena cada martes y viernes la segunda taza, y desde el primer té que compartimos supe que el estribillo preguntón en realidad —y estoy seguro que con total intención de Malena, aunque nunca se lo pregunté— implica, dejándola en el aire, la alternativa “¿o ya querés que te coja?”

Media hora después, en la cama, estaba muy concentrada homenajeándome con una babeada completa de genitales cuando súbitamente se interrumpe meneando la cabeza (la de ella) y se lamenta:

—No puedo creer que vayas a morirme.

Hablaba mirando al cetro, orgullosamente enhiesto, al que mantenía firmemente empuñado, pero me pareció razonable darme por aludido.

—Yo tampoco, Malena. Pero te aseguro que no va a ser en los próximos cinco minutos.

—¿Y te da para hacer chistes? No puedo creer que no se te ablande de sólo pensar que en seis meses vas a morirme.

—Yo tampoco, Malena, pero así es —dije con la voz estrangulada y la verga vibrando—, y estoy por acabar.

—Mi cosita —ronroneó y se puso a darme besitos en la piel del glande, pulimentada y brillante como el yelmo de Aquiles.

Para terminar con la deliciosa tortura de los picotazos le metí la verga en la boca en el momento en que sentí que me iba. Lloró mientras tragaba el semen. No la enloquece ir hasta el final —dado el caso prefiere recibirlo en la cara— pero nunca lo había hecho llorando, de manera que estas lágrimas se las pongo en la cuenta de mi entierro.

Como de costumbre después de este exceso se fue rápido al baño y cerró la puerta. Creo que vomita el semen. Volvió con gesto decidido y se sentó a mi lado.

—Quiero ayudarte con tu historia de mujeres.

—Mujeres con lunares —murmuré desde el fondo de la modorra.

—Pídime lo que sea. Sin restricciones. Sólo quiero contribuir con lo que sea para que logres lo que te pro pongas.

Abrí a medias un ojo para mirarla, buscando las entre líneas.

—Por ejemplo: yo tengo lunares.

Era cierto. Tenía. Demasiados. No se lo dije.

—Tengo por todas partes y de todos los tonos. Hasta aquí tengo —dijo hurgándose el

ombbligo. Era cierto. Sonreí, agradecido.

—De acuerdo, considérate personaje de mi novela.

—A ver —siguió implacable— ¿tenés aquí eso que escribiste? Léemelo, Me trajo esta libreta del bolsillo de la chaqueta y se lo leí.

Me aseguró que todo el asunto de la luna y el título era bastante atravesado y *boludón*, y que la razón para escribir sobre mujeres con lunares le parecía, por consiguiente, francamente jalada de los pelos.

—Pero en fin —concluyó— si para vos vale... contá conmigo—. Y agregó atrapando al vuelo algo que le pasó por el magín—: Si a la fuerza tiene que haber mujeres con lunares hoy podes escribir una especie de réplica a lo que escribiste ayer y llamarla *Deseo en busca de objeto*, y allí hablas ya de mí. ¿Qué te parece?

Así fue.

Releo lo escrito y tengo una Revelación: activado por la silenciosa voz mental del que lee, el yo del que escribió, del que habla desde el texto *se hace presente* en el acto de la lectura, la acompaña recorriendo el espacio de la página de oeste a este y de norte a sur, y en cada instante es posible decir en qué punto de la página se encuentra ese yo movedizo: ahora se descuelga del cuarto al quinto renglón, ahora se desliza hacia el comienzo de esta quinta pista, ahora la recorre descifrándola con total facilidad (a veces tropieza y se lo regresa en castigo tantos o cuantos lugares), etc. En décadas de lectura no me había percatado de que no estoy *físicamente* solo con el libro cuando leo, que entre el libro y yo no *hay físicamente* sólo aire. Hay esta especie de numen, homúnculo fantasmal, infotografiable, hecho de materias impalpables, que corre tea y salta y trepa y se descuelga por las pasarelas y pasillos de la página tomándose de las barras y las curvas de las letras para darse impulso o frenarse, y que es quien le permite a la silenciosa voz mental que pongo a su disposición no sólo el acceso al sentido sino además un tono, un timbre, una intención y un ritmo que son intransferiblemente el mío o el del Dante o el de Gombrowicz o el de quien sea dado el caso, al punto de que por momentos casi puedo no diré *ver* pero sí *saber* el rostro y el gesto del que habla. Y sin este numen, sin este *cosito* que no puedo ver ni tocar y que se diluye en el aire en cuanto corto la relación con la página, es decir: si este *cosito* no comparece, por más que abra el libro y lea, no hay lectura. Este es el tipo de Revelación del que no hay marcha atrás, y lo quieran o no los que dictaminan sobre las características y las posibilidades de la materia, el cosito *está allí*, y sin duda que va a llegar el día en que inventen un numenógrafo con el que sea posible detectarlo y seguirlo en sus piruetas y que le dé carta de ciudadanía en el reino de las cosas. En lo que a mí respecta sé que a partir de esta información, cualquiera que lea atentamente —desalienadamente, diría— va a poder apreciar la presencia del fantasma; sé que le estoy dando a la humanidad lectora la clave, por primera vez, de lo que realmente *sucede* al leer; y sé que no voy a volver a abrir un libro sin estar consciente de esta presencia, ni voy a volver a cerrar un libro a las apuradas, no sea cosa que no dándole tiempo a diluirse deje a alguno estampado sobre un punto y coma como si fuera una vulgar miguita de pan, o un vulgar bichito de humedad, o un vulgar trébol de cuatro hojas. Quevedo, que no había leído poco, tenía intuidas las características del fenómeno cuando decía a propósito de sus lecturas “vivo en conversación con los difuntos y *escucho con mis ojos* a los muertos”.

III. Un lunar perfecto

Decidí no decir nada a mi familia, es decir a mis hermanos, de la inminencia de mi muerte. Sus llantos y sus lamentos y sus silencios significativos se posesionarían de lo poco que me quedara de existencia. Es más: cuando los primeros síntomas anunciando el comienzo del final aparezcan me iré del país dejándoles una carta en la que les expresaré mi amor y mi agradecimiento a ellos por haber sido tan buena familia y a la vida por todo lo que me dio, y les aseguraré que muero tranquilo habiendo vivido feliz. Es lo que puedo hacer para que digieran el asunto de la mejor manera posible.

¿Por qué nos es tan difícil en el Río de la Plata conjugar los verbos en futuro? *Me iré, les expresaré* nos suena a la vez falso, castizo (es decir, extranjero) y literario. Ha blando normalmente hubiera dicho *me voy a ir, les voy a expresar*, lo cual indica intencionalidad y no la certeza de un hecho futuro. ¿Por qué? ¿El sentimiento de la precariedad de nuestro universo es tal que excluye la propiedad de un futuro?

Vuelvo a lo anterior. Es más: en la carta le explicaré a mi familia que mi decisión ha sido morir *solo* porque quiero concentrarme en lograr hasta el último instante, y sobre todo *en* el último instante, una posesión plena e irrestricta del espectáculo de mi yo, una visión íntegra y diáfana de mi ser, del ser del hombre como brizna infinitesimal pero luminosa y purísima del polvo cósmico. Y concluiré diciéndoles que para lograrlo la única posibilidad que imagino es el aislamiento completo en el seno de las más esplendidas y desatadas potencias de la naturaleza. Y punto. No diré más. No sea cosa que sin querer dé pistas de a dónde me fui y vayan a buscarme con una camisa de fuerza.

El contenido de este último párrafo no lo sabía al escribir el anterior. ¿Cómo llegué a él? Al dibujar el último signo de interrogación una docena de renglones más arriba y quedarme pensando en la tal dificultad para conjugar verbos en futuro recordé la diatriba de Cortázar, quién sabe en qué libro, contra la solemnidad que le viene al rioplatense en el momento de sentarse a escribir una carta. Entonces recordé —asociación ya no temática sino de sincronía temporal— un pasaje de los *Cuadernos* de Rilke, que leí precisamente en el momento, fines de la adolescencia, en que devoraba a Cortázar. En ese pasaje Rilke meditaba acerca de la importancia de darle un con texto propio, personal y privado a la propia muerte, por oposición a la uniformización aséptica e impersonal que impone el sistema asistencial y hospitalario. Se me hizo clara entonces mi decisión: llenar una camioneta de víveres e irme a esperar el deterioro final a la última playa de la Tierra del Fuego. Ya sabré yo allí, cortado de toda la pavada, alcanzar la visión de la armonía perfecta del Todo/Nada y del lugar de mi conciencia en ella, y sabré preservar mi dignidad humana lanzándome a los océanos más helados, violentos y profundos cuando el dolor arre cie. Quizá ya hundiéndome en el abismo verdinegro, ya al cerrar los ojos adormecido por el frío y el agotamiento, me sea dado alcanzar la felicidad que conoce un pedazo de madera vapuleada por las olas. Tonto es el que no adivina el referente literario que se me cruza al fantasearme una tumba oceánica. Pero es que es

inevitable: ¿de cara a qué nos dejan las fugas verdaderas al menos mientras el Espacio Exterior siga siendo inaccesible para el común de los mortales? De cara al Océano. Te saludo, Isidoro. Por supuesto, tampoco a Malena le comunicaré la decisión de partir. También para ella habrá un billete de despedida.

En este orden de humores me sorprendió el jueves por la mañana la llamada telefónica de Malena. Sorprendió, digo, primero porque Malena sabe que odio hablar por teléfono y nunca me llama, y segundo, porque desde el principio nuestros días fueron el martes y el viernes.

—Vení a tomar el té hoy...

—Hoy es jueves, Malena... Me gustaría conservar mis rutinitas hasta el final argüí temiendo el desborde sentimental y la invasión.

—No puedo explicarte ahora —dijo bajando la voz hasta el susurro con tono cómplice y prometedor. Atrás, cerca, había ruido de oficina—. Vos vení.

Fui. Había una invitada. Por primera vez no estábamos solos. El pelo más negro, la piel más blanca, los ojos más verdes, los rasgos más delicados, la cintura más fina, los gestos más controlados y elegantes. Un manjar exquisito. La mujer que el príncipe más poderoso de la Tierra elegiría como su tesoro máspreciado.

—Ligia, una compañera del coro —el coro del Crandon, en el que Malena participa y que ensaya los miércoles por la noche.

El té resultó un dechado de cortesías. La perfección de la muchacha —no tenía más de veinticinco años, bastantes menos que nosotros— imponía, haciendo de cualquier lugar un palacio y de cualquiera un cortesano. Hablamos de Britten y de Orff, y de las cantatas de Háendel. No sólo la belleza adornaba a Ligia.

Cuando fue al estudio a llamar por teléfono Malena me ganó la palabra.

—¿Te gusta?

—¿Cómo que si me gusta?

Hizo un gesto de impaciencia.

—¿Te parece que está buena?

—¿Te parece que ésa es una pregunta para hacer?

—Mira, David: estaba previsto que Ligia saliera *dos* minutos. Ya va a volver. Así que depende de vos, pero ahora mismo: ¿está buena sí o no?

Nunca más dulce derrota. Sentí que me ablandaba, casi babeaba al decir tratando de fingir indiferencia:

—Claro que está buena.

Malena se mordió un labio—. Claro está que en el fondo hubiera preferido la otra respuesta.

—Tiene un lunar perfecto.

—No me dirás que...

—Vos déjame a mí... —se mordió otra vez el labio—. ¿Está más buena que yo?

—Eso no te lo respondo —traté de sonar enérgico, concluyente: me asustó la posibilidad de que por unos centavos se pudriera todo—. Vos y yo tenemos esta preciosa relación desde hace un año. Por algo la tenemos.

Sonrió. Se aflojó. Un aire insospechadamente crápula y cómplice modeló en un instante cada línea de su rostro.

—Aprovéchate, gaviota. Ligia es casada y es feliz, y tiene una vida maravillosa. No va a haber segunda vez.

Ligia volvió en ese momento.

—Ligia, le estaba diciendo a David que tenés un lugar perfecto.

—Lo de perfecto corre por tu cuenta —dijo Ligia encogiéndose graciosamente de hombros y sonriendo.

—Me gustaría verlo —tercié entonces, sin la menor dificultad, como leyendo mi línea en un libreto. De hecho todo aquello era tan aquiescente, tan desprovisto de tensión, que el mundo me parecía hecho de algodón rosado.

Malena se paró antes de que Ligia respondiera, la tomó de la mano y fueron hacia el dormitorio. Ligia sin dudar se subió la falda, se sentó en el borde de la cama, entreabrió las piernas y señaló la cara interna del muslo izquierdo, a pocos centímetros de la entrepierna. Yo sólo podía mirar el manchón negro velado por la puntilla blanca del calzón. Me arrodillé entre sus piernas y meforcé a mirar el punto que señalaba con la uña. Ella se recostó entonces, apoyándose sobre los codos. Malena subió completamente la cortina. Jamás vi ni veré piel más pura. Alabastro, nieve. Y aquello no era un lunar, era un *haikú*, la imagen mínima y perfecta de la luna llena *negra*. Comprendí que sólo un amante extasiado ante la blancura lunar de la piel de su amada pudo haber —cruzando asociaciones— elegido la palabreja para bautizar a la mácula delicada y solitaria. La luna es un lunar en el cielo. La mácula es una luna en la piel.

—¿Puedo tocarlo? —susurré mirándola.

Vi que sus labios estaban entreabiertos y sus mejillas sonrosadas, y vi que su pecho se agitaba. Me hizo que sí apenas con la cabeza. Apoyé las yemas de los dedos sobre la piel del muslo. Se me fue el aliento, sentí levemente el mareo, se me erizó la piel de los antebrazos. Ningún rey, ningún dios tocó jamás una piel más suave. Moví apenas la mano para que la yema del índice pasara sobre el lunar. No sentí diferencia en la superficie de la piel, pero tampoco se sienten los creyentes más cerca del éxtasis cuando rozan el Diente de Buda. Me desborda la emoción que evoco y se descontrola mi escritura: en la oración compuesta anterior no tiene sentido la comparación que se plantea, pero además se opone el verbo sentir en dos acepciones (una literal, la otra metafórica) diferentes. Y sin embargo no puedo tachar ni corregir. Es más: siento esa incongruencia bella como la del negro sobre el blanco en la piel del muslo de Ligia. Si la hiciera desaparecer, el magnetismo del recuerdo hipostasiado en la escritura se desvanecería como un espejismo en la arena del desierto.

Volví a consultar a la Sibila esmeralda en su mirada.

—¿Puedo besarlo?

Una vez más asintió con un gesto mínimo. Al acercar me para besar el lunar respire el olor de su entrepierna.

Abrí al máximo las ventanillas de la nariz y dejé llegar el aroma hasta el fondo de los pulmones, como una droga, y como una droga me hizo perder la consciencia; en éxtasis besé el lunar, lo lamí largamente, lo interrogué con la punta de la lengua. Ligia gimió como un ángel desmayándose. Hice a un lado la entrepierna del calzón y acaricié mis labios con el plumón negro y sedoso. Con la punta de la lengua abrí el tajo y toqué el néctar y el nácar. El hilo de voz cristalino de Ligia era una música exótica, soñada, embriagadora, exquisita. Me sentí —cosa que nunca antes— como un pordiosero accediendo al banquete de los dioses. Deseé robarme aquel objeto paradisiaco de placer, apropiármelo y llevármelo a mí cueva para usarlo allí de infinitas maneras hasta gastar lo, reducirlo a nada, disolverlo en mí. Paladeé su jugo y fui más y más hondo.

Malena debe de haber comprendido la especie de pleitesía absoluta a la que me había entregado, y los celos de ben de haberle hincado a fondo las garras. Se acostó en el piso a mi lado, me abrió la bragueta, se llenó la boca con mi verga y se puso a chupar con saña. De buena gana la hubiera hecho a un lado sin miramientos, pero de hacerlo toda la situación, y mi banquete con ella, hubiera estalla do como una pompa de jabón. Yo estaba masajeando la lenguita rosada entre mis labios, chupeteándola con adoración y mimo cuando finalmente, sintiéndose ignorada, Malena se sacó la verga de la boca, la empuñó y se puso a menearla como para vaciarla ya mismo. No tuve más re medio que suspender la cantata celestial para frenar a

Malena. Ligia, que se había recostado completamente y se tapaba los ojos con el dorso de la mano, se mordió la falange del pulgar al sentirse abandonada. Sus caderas quedaron rotando suavemente.

—Cógetela ahora —susurró Malena, que estaba un poco fuera de sí y obviamente no quería sino un final rápido para aquello. Se volvió hacia Ligia y le habló con suavidad pero con un tono casi obsceno, remedando seguramente mis miramientos—: ¿Querés que te la meta, Ligia?

Ligia no nos miró, pero su caderas se inmovilizaron. Sintió sin duda la *densidad* de la situación. Temí lo peor y me apresure a proceder. Con delicadeza un poco torpe le quité los calzones, me incliné sobre ella y la penetré. La impresión de belleza que tuve fue tan poderosa que temí perder la erección. El cuerpo de Ligia no era humano: Ligia era la niña y el ángel, la idea y el sueño. Acomodé el cuerpo para penetrarla más a fondo y sentí cómo abría más las piernas y proyectaba el pubis para recibirme. Le quité la mano de sobre los ojos pero los dejó cerrados, quise besarla en los labios pero me eludió.

—Déjame ver el verde de tus ojos —rogué susurrando. Se separaron sus párpados con un aleteo de mariposas, pero no me miró. La maldita bizqueaba, se babeaba y ronroneaba de gusto pero por alguna maldita razón necesitaba tratarme como a un robot consolador. Noté que allá en el mundo exterior Malena se iba al otro lado del dormito rio y se sentaba en la butaca a observarnos.

Supe en ese momento que —un poco porque Malena estaba allí, pero sobre todo porque el absurdo y la imperfección están en la naturaleza de las cosas de este mundo— todo iba a suceder al revés de como lo hubiera querido. Hubiera querido desnudar a Ligia completamente y mirarla y acariciarla durante horas, y, puesto que tenía que ser una sola vez, hubiera querido que la cópula durara por mil. Lo que hice en cambio fue soltar el cuerpo y lanzarme al galope como si me persiguiera el diablo. En pleno galope sentí que me devoraban la rabia y la impotencia. Soñé con detenerme y empezar todo de nuevo pero bien. No pude. El torrente ya avanzaba verga arriba hacia el despeñadero. De pura frustración me acerqué a su oreja, bella como un caracol oceánico, y susurré dentro, como quien riega con ácido, palabras que nunca antes dije a mujer alguna y que en lo que me queda de vida sospecho que no voy a volver a pronunciar:

—Putita, muñequita de lujo, voy a acabarte dentro de las narices y de las orejas y voy a secarme la verga con tu pelo, y cuando me recupere te voy a romper el culo, si es que ya no lo tenés roto.

Ligia me miró a los ojos despavorida. Sabe Dios lo que vio pero ya no estaba en condiciones de soltarme una cachetada o de escurrir el bulto, porque el final ya le estaba opacando la luz de la mirada y estaba retorciéndole los labios: se abrió cuando pudo y levantó las piernas hasta apoyarlas sobre mis hombros y se acompasó cuanto pudo al aporreo, y apenas antes de vaciarme me hizo escuchar las aes más maravillosamente bien gozadas que en lo que me queda de vida vaya a poder escuchar.

Volví en mí al sentir que hurtaba su cuerpo de debajo del mío. Simultáneamente Malena se acurrucó contra mi flanco, su brazo rodeándome la cintura, su beso cálido y apretado, inocente, como de amiga o hermana, en mi mejilla. Permanecí inmóvil, el rostro escondido.

—¿Estás enojado?

—No —reaccioné. Era injusto culpar a Malena—. Estoy confundido. Siento que todo fue demasiado rápido. No tuve control de nada.

—Pero, ¿fue bueno?

No supe qué decir. En ese momento oímos cerrarse la puerta del apartamento. El brazo de Malena en mi cintura reprimió dulcemente mi inicio de movimiento. Era lo acordado. Era justo. Fin. Dejé pasar los minutos. De a poco sentí que retomaba el control de mí mismo. La

energía que vibraba en mis brazos y en mis piernas pronta para lanzarme detrás de la Quimera se diluyó hasta la nada.

—¿Cómo te enteraste del lunar?

—Me lo dijo ella sola. Yo me había puesto a llorar pensando en vos. Ella me consoló y yo le conté todo. También de tu novela. Entonces ella dijo: “Yo tengo un lugar perfecto. Si vos querés se lo muestro”.

IV. Lulú

Cuando se vive a plazo fijo casi todo lo que creíamos importante ya no importa. Sí importan dos cosas: que nos recuerden bien las personas que amamos y vivir tantas experiencias nuevas como sea posible. Que son en realidad las cosas que debieran importarnos aún sin plazo fijo. Y sin embargo, tal como le dije a Malena, deseo conservar mis rutinitas hasta el fin. Por ejemplo: mi despertador sigue marcando las siete y diecinueve, y a las nueve estoy trabajando con la misma actitud energética y positiva de siempre. No sé por qué estoy escribiendo estas tonterías mezcla de lugares comunes y azorada comprobación de los más elementales mecanismos de autodefensa. Hora de renovar el compromiso con la autocrítica.

¿Escribir una novela? La idea aparentemente tan sólida al principio se me aparece ahora como una especie de antídoto espontáneo contra el shock de los primeros días. Una especie de terapia ocupacional al borde del abismo. Porque ¿de dónde saqué la idea de escribir una novela si los cuentos que escribí el año pasado decidí que son impublicables y actué en consecuencia? Evidentemente esa decisión instantánea fue producto de un simple mecanismo de autodefensa: me di una tarea que conlleva la esperanza de sobrevivir a la muerte y que es suficientemente densa y extensa como para ocupar mi mente durante todo el plazo que me queda, preservándome de la angustia. Pero además —sabiduría de los mecanismos inconscientes— a la vez que la tarea me di un señuelo (el título enigmático) cuya función consiste en apartarme de la fuente *natural* pero que podría ser *letal* (si es que puede hablarse de algo que podría ser letal a un moribundo) de una eventual novela o de un eventual lo que sea escrito: la chanchita.

En mi economía semántica la palabra *chanchita* lenta mente va recuperando su tierno significado de alcancía para párvulos, dejando atrás las siniestras connotaciones de los tiempos de los palos, los gases y las balas. Desde hace años, desde el fin de la adolescencia, que es el momento de los grandes proyectos, cada vez que me viene a la mente algo según yo digno de guardarse, esté donde esté, sobre el reverso del talón de la entrada si estoy en el Estadio o en una esquinita del papel de envolver el pescado si es necesario, lo anoto de inmediato y después, de noche, previa relectura en la que ya a menudo el telegrama me resulta indecifrible, lo guardo en la chanchita, que es una caja de madera me dio grande con una ranura en la tapa (especie de urna electoral), que viaja conmigo a dondequiera que vaya o me mude, y que desde el vamos está cerrada con un candado cuya llave —idea fija— lancé al mar una borrascosa tarde de invierno desde la punta de la escollera Sarandí. (Toques idiosincráticos aparte, la

chanchita es, por supuesto, una versión del diario íntimo en el que los adolescentes perplejos intentan ordenar sus vidas). De más está decir que semejante práctica tenía por objetivo explícito —sin saberlo a la manera de Novalis— acumular materiales para la Gran Obra Futura. Hoy, cuando ya no hay más futuro, la sola idea de romper el candado y enfrentarme al rompecabezas infinito de mis ocurrencias me aterra. Habré finalmente, sin duda, de ceder a la tentación —casi sin lugar común— de recurrir al fuego.

Pero volviendo al tema: la chanchita sería la fuente natural en la que debiera de abreviar en busca de materiales para una novela. En mi fantasía de todos estos años abrir la y sumergirme en ella debiera de producir en mi pluma un efecto similar al de la poción mágica en Asterix y Obelix. Y sin embargo hoy, dadas las circunstancias y conociéndome el gusto por las ideas claras, mi subconsciente veta a la chanchita para ahorrarme el riesgo de un rompe cabezas quizá imposible de completar a contrarreloj: el de los restos diseminados de la catástrofe de mi propiamente. Magnífico: me siento protegido.

Entonces, en resumidas cuentas: ¿escribir una novela? ¿Escribir la tal *Aurora lunar*? ¿Aceptar el doble mecanismo de autodefensa como motivación válida? Más bien que no, puesto que sé que soy el tipo de gente que en las cosas esenciales como amar a una mujer, abrazar una religión, tener un hijo o escribir una novela, sólo puede aceptar como motivación la fascinación ante el misterio más pro fundo. Aquí el astuto subconsciente protector pregunta: ¿Cómo? ¿No es misterio suficiente el que me propuso semejante título? No, querido, eso no es un misterio, es una adivinanza.

Malena llora en algún momento de cada una de mis visitas, pero lo hace sin teatro, cuando realmente no puede evitarlo, y lo hace ocultándolo. No volvimos a hablar de Ligia, pero ayer me sorprendió con la historia de Lulú. Hace unos meses, aún en primavera, caminando por la rambla nos cruzamos con una escuálida doncella, casi una chiquilina, que sin detener su bicicleta nos dirigió un tímido saludo.

—Es Lulú —dijo Malena contestando el saludo— la nena de una prima.

A la vuelta de la primera esquina un buen viento se llevó al olvido aquella mascarita toda hecha de pureza y de malicia y aquella delgadez ingravida y nerviosa. Como a cualquier (casi) cuarentón razonable me fascinan los adolescentes y daría cualquier cosa por poder eludir los tabúes sociales que sin embargo, como cualquier ciudadano razonable, respeto. ¿Realmente se respeta ese tabú? ¿No es una realidad de *todas* las épocas el sexo con adolescentes? ¿Hay mejor antídoto contra la angustia de la edad que beber juventud allí donde se encuentra, o sea en los jóvenes? ¿Puede alguien evitar desear la belleza, la energía y la inocencia? ¿Hay mejor manera de poseerla que abrazándola y compartiendo el éxtasis orgásmico? ¿Que no se adquiere sus atributos por abrazar a los jóvenes? Tampoco se vuelve uno genio por deleitarse en un Matisse. Y ningún *crimen* me parece más perdonable que robar un Matisse y colgarlo en casa.

—Lulú tiene un lunar perfecto aquí —empezó Malena tocándose un costado de la nariz.

Por supuesto que tuvo que recordarme quién es Lulú.

—Para un poco, Malena —la corté fingiendo sequedad pero asombrado y regocijado en realidad por el orden de preocupaciones que mi agonía había suscitado en ella—. Ni lo pienses.

—¿Es de veras la cara de espanto que pones? ¿Me vas a decir que no quieras probar la ambrosía ni siquiera una vez en tu vida? —se dio cuenta de la crudeza de esto último—. Perdona, no quise decirlo así.

—Probé la ambrosía en su momento.

—No es lo mismo. Entonces no sabías que era ambrosía.

—Sé que es hipócrita decir que no. Pero aún así, la res puesta es no.

—Está bien. Tranquilízate. Sólo le dije que si quería venir a tomar el té un día de estos.

—Mejor cambiamos de tema.

—Como quieras. Pero cuando la señora de Merteuü le regala a Valmont las primicias de su sobrina Cecilia nos parece perfecto. Y Lulú ni siquiera es virgen... —terminó deslizándose en tono significativo, como si éste fuera el argumento decisivo.

Touché, Y Malena tomó nota. —¿Cómo sabes?

—Ella me lo dijo.

—¿La invitaste a tomar el té y te dijo: “Tía, no soy virgen”?

—No, bobo, me lo dijo en el momento que pasó.

—¿Por qué?

—Desde chiquita me contó de secreto las cosas importantes. Supongo que buscando consejo o aprobación. La madre es un poco tonta.

—¿Qué bicho te picó, Malena? No puedes estar en serio ofreciéndome a tu sobrinita.

—No sé qué bicho me picó —se levantó y se paró completamente desnuda delante del ventanal. Buena vista para los de los edificios de enfrente. No es la primera vez que lo hace, pero por primera vez sentí que entreveía el significado de aquel gesto espontáneo, inconsciente—. Tengo cruzados los cables de tus seis meses de vida (que ya no son seis) con lo de las mujeres con lunares, y se me formó como un agujero negro al que siento la compulsión de darle todo el tiempo algo que tragar.

Sentí que no podía cargar con el laberinto de Malena. En mi búsqueda de la armonía y el equilibrio finales Malena sólo podía ser un mueble cómodo, una cena apetitosa, un agujero jugoso. No me quedan tiempo, energía y emociones más que para preparar mi propia muerte, lo siento.

—Yo creo que es mejor que cortemos este asunto del agujero negro. Hasta casi creo que es mejor que empecemos a vernos menos, Malena, para que te vayas preparando para lo inevitable. Me parece como que todo el asunto de mi enfermedad se te atravesó bastante, y no quiero morirme pensando que te dejó medio rayada. Quiero morirme en paz.

Malena se volvió bruscamente para mirarme ofreciendo ahora, el espectáculo de sus nalgas a los vecinos de enfrente. Vi crecer en su mirada el desquicio y la angustia, me di cuenta del daño que le hacían mis palabras. Sentí el cerebro, como de estopa. Imposible pensar. Imposible decidir si es peor daño para ella cortar ahora o deslizarme con ella en la cueva de sus fantasmas viviendo en pocos meses lo que quizá no hubiéramos vivido en toda una vida normal, matrimonial eventualmente. Me sentí horriblemente responsable por este efecto inesperado de mi muerte: algo había nacido, algo se había desatado en ella que me, que nos sobreviviría. Por primera vez sentí celos, impotencia, dolor por lo que no vería, no sabría. Quizá sólo la decisión de matarla antes de irme me devolvería la paz, quizá deslizándome plácidamente en la nueva realidad de la relación un antídoto se generaría que disolvería el *punctum* de angustia que ahora me ahoga. Por el momento lancé el manotazo de ahogado optando por aflojar todo con una sonrisa.

—Igual decime un poco. ¿Qué fue lo que te contó?

Una sonrisa picara volvió a sus labios. Volvió a la cama y me abrazó.

—Ah, cochino.

—¿Dónde fue?

—Detrás del confesionario, en la capilla del colegio.

—No te creo.

—En la playa, en una tarde de invierno, dentro de la caseta del salvavidas.

—¿En serio? Eso es precioso.

—Pero tampoco es cierto. ¿Queras la verdad?

—Sí.

—La verdad es que la nena le pidió ayuda a la tía... y fue aquí, en esta misma cama.

V. Aurora lunar

Está claro para mí que la urgencia por escribir una no vela, más allá de mis persistentes veleidades de escritor y más allá de las astucias protectoras de mi subconsciente, tiene que ver con la necesidad de sobrevivir a mi muerte. Como no tengo un hijo, ni puedo construir un Taj-Mahal, ni me parezco capaz de hacer algo relevante por mis semejantes (como el viejo burócrata enfermo de *Vivir*, aquella película de Kurosawa), entonces, escribiría una novela. Pero en la medida en que tomo *conciencia* de esa motivación me niego a secundarla. De hecho me parece estúpido e inútil desear una sobrevida. De manera que no voy a escribir ninguna novela.

En cuanto a este cuaderno de apuntes: sospecho que cada día me pesa más. Y se parece a los escritos de Donatien Alphonse: seso y sexo, sexo y seso, que siempre me pareció en él una combinación por lo menos agobiante. *Por ahora* al llenar este cuaderno experimento el placer del artesano buscando las palabras adecuadas para relatar unos hechos, formular unas ideas o reflejar un estado de ánimo. Es algo sin duda que me daría más gusto si lo llenara en árabe o chino, que son escrituras más bellas. De todas maneras, volteando las hojas del cuaderno causa buena impresión observar que a la alternancia de seso y sexo corresponde la de una letra redondita y pareja y otra puntiaguda y tormentosa como el trazado de un sismó grafo. En fin: cuando me canse, se acaba. También puedo pasar estos ratos metiendo veleros en botellas o practican do pintura puntillista.

Hoy desde bien temprano la desesperación mordió hasta el hueso y no hubo manera de que soltara. Hacia mediodía ya era una especie de rabia a duras penas contenida y sin objeto posible en qué aplacarse. Supongo que estoy domando a la muerte y confío en que después de esto empiece la paz que espero. A duras penas pude ter minar el horario. Subí al auto y pasando luces rojas salí de la ciudad como flechazo por Avenida Italia. Ya por el puente de Carrasco se me instaló la idea de que me había olvidado de ponerle el candado a la cortina metálica, pero no me detuve (de todas maneras sí lo había puesto). Manejé casi dos horas con el sol

hundiéndose a mis espaldas y perseguido por una tropa incesante de fantasmas. Mi imaginación descontrolada tan pronto regresaba a la adolescencia y se ponía a fabricarme retrospectivamente futuros maravillosos, como se hundía en la evocación del hoyo húmedo y oscuro que ya está abierto y esperándome (inútilmente, puesto que lo habré de eludir con mi fuga cósmica). Pasando Minas tomé al azar un camino de tierra y subí y bajé cerros apedreados hasta que fue noche cerrada y me detuve y salí del auto y respiré hondo el polvo levantado.

Me sorprendió la gritería infernal de los grillos y las ranas. En el haz de luz de la puerta del auto vi a un lado del camino una botella a medias llena de Etiqueta Negra. La abrí y la olisqueé y sin detenerme a probarla me lancé garganta adentro un chorro como de camello sediento. Fuera de mí como estaba, igual hubiera recogido una rana y le hubiera mordido el hocico. El trago me quemó el pecho, me encendió todas las neuronas y en menos de un minuto me hizo sonreír de oreja a oreja. En toda la vastedad de en derredor no se veía ni una lucecita. O más bien, sí se veían. Muchas. Las de las luciérnagas.

Alcé la vista al cielo: la luna no estaba y la nitidez alucinante hacía doblemente inmensa la Inmensidad. Sentí en el cuerpo, como una suavidad envolvente, el placer que sólo puede dar la soledad perfecta. ¿Cuál soledad perfecta con millones de espectadores invisibles gritándome a voz en cuello que me vaya de aquí? Trepé sobre el capot y me recosté en el parabrisas. Me lance dentro otro trago épico sosteniendo el culo de la botella en dirección al cielo hasta que la sentí liviana. Algo medio sólido pasó también garganta abajo. Como en un flash reviví el único pasaje de Salgari que me impresionó de niño: el del escorpión en la botella de ron. Escorpión o no, lo que flote dentro de una botella de whisky no puede hacer ya daño. Lancé a volar la botella y la oí estallar contra una piedra.

¡Qué cúpula para un mausoleo el Infinito! Sentí el chupón del vacío interestelar. Durante minutos estuve esperando el comienzo de la levitación. Después, eufórico, ansiando sentir en la piel las mareas estelares, me desnudé. No pude evitar imaginarme alacranes, arañas “pollito”, lagartos anillados y víboras cruceras anidando en mi ropa a medida que resbalaba al piso a un lado y otro del capó. Me relajé abriendo brazos y piernas, como si las estrellas broncearan. Sacrificio humano a la diosa Luna. ¿La Luna? No estaba. “Lástima grande”, pensé sintiéndome apenas borracho: “podría haberle preguntado.

Entonces, de pronto, parada enfrente del auto, apenas iluminada por las luces de posición, delgada pero tetona, con el pelo cortito y claro, con su boca grande, sensual y maliciosa, ahí estaba. Su vestido rojo, sin mangas, con florcitas definitivamente amarillas, una vez más me recordaba algo, algo una vez más inasible. Ni modo que no me recordara algo: la imaginación trabaja con los datos de la memoria. Todos los grillos se callaron de golpe cuando se inclinó entre mis piernas y *me acunó los huevos* en la palma de su mano. No hay que detenerse mucho en el *sentido* porque prolifera el letrerío y no hay cuaderno que alcance. Apenas lo suficiente, no como para explicar pero sí como para adornar los hechos. Hechos: como consecuencia de la caricia proto, seudo o casi maternal el piripicho se despereza, aunque todavía es un gusano que reptaba sobre mi vientre. Lo empuñó y jaló suavemente del pellejo para descubrir la cabeza. Sopló suavemente encima como sopla amorosamente una madre la colita paspada del bebé. Después, de repente, se puso a sacudirlo con energía, casi con violencia, como si quisiera derramarme en tiempo récord. Cuando ya estaba de madera y con la cosquilla subiendo por el tallo como el mercurio de un termómetro sumergido en aceite hirviendo, simplemente lo soltó. Me re torcí de placer sobre el capó con la verga saltándome sobre el vientre. Hay en este mundo por lo menos una *mano femenina* capaz de sacar música del cielo empuñando nuestra batuta, capaz de convocar a todos nuestros fantasmas en la épica volcánica de la masturbación: esa mano femenina irrenunciable y certera es nuestra mano izquierda.

Volvió a empuñar la verga, la puso vertical, dejó caer saliva sobre la boquita para suavizar el

contacto y empezó a masajearla larga, lenta y concienzudamente, desde la base y hasta cubrir la punta, con tan monótona regularidad como si hubiera querido hipnotizarme. Es la marea estelar la que convoca a mis jugos al desborde: ¡esto no es el cuartucho en el que Michaux maltrataba a su Rey! Fue entonces que vi que en un punto del horizonte el cielo estaba iluminado con un resplandor blanquecino. Pensé que sería el resplandor de las luces de alguna población bastante grande, Minas quizá. Pero en ese momento mi Reina se puso otra vez a machacar con una violencia infame hasta llevarme otra vez hasta casi el punto del derrame.

—Concéntrate, concéntrate que estás cerca —me urgió, mimosa y burlona. “Cerca ¿de qué?”, pensé y ¡pafl. Presagio de mejores revelaciones, me di cuenta de *qué* me recordaba su movimiento de mano circular y rapidísimo, profesional, de masajista china: me recordaba a mi madre, apoyada la cadera contra el mármol del fregadero, perdida la mirada en sus cavilaciones, viuda indómita calculando planes para sus hijos mientras bate a velocidad supersónica daré de huevo para los merengues. El repiqueteo de los tenedores en el plato, por un brevísimo instante —que yo esperaba con los ojos y la boca abiertos, en trance— alcanzaba un *continuum* sonoro delicadísimo, musical, supersónico antes de cortarse de golpe devolviéndome en estado de pasmo a la realidad, de muy similar manera a como ahora de golpe la masturbadora vuelve a soltar la presa como si le quemara los dedos, mandándome a volar. La boquita jadeante quedó rebotando esta vez ya muy cerca del ombligo. “Lindo jueguito, hija de puta”, aullé en silencio retorciéndome sobre el capó como un escarabajo aplastado. La enervación era ya irritación y me arrancaba muecas de la cara y gruñidos de la garganta, contraí los músculos del bajo vientre y junté los muslos una y otra vez, y a punto estuve de lanzar al aire la semilla.

Esperó a que amainara la tormenta. Cuando respire hondo volvió a acunarme los huevos con toda la ternura de que son capaces los dedos de una *mano* (lapsus: escribí “los dedos de una madre”), volvió a enderezar la tierna estaca, volvió a soltar un hilo de baba entre los párpados, volvió al masaje experto, remolón y comprensivo. Pude entonces volver a mirar el resplandor en el confín del cielo; y entonces fue que se produjo el milagro: *una uña de luna emergió con lentitud micrométrica sobre la línea del horizonte*. ¡Era eso la aurora lunar! ¡La débil, sutil, ínfima claridad en el confín del cielo minutos antes de que emergiera la luna llena! Me prometí ofrecerle saltos y aullidos de contento. Pero no ahora, sino después de rematar esta faena en su homenaje.

Feliz y satisfecho, ancho como el mundo y expandiéndome, me acomodé para el gran finale. Enlentenció el masaje hasta el mínimo, justo para mantenerme flotando allá arriba, como la espuma sobre la ola, en el pico y el ápice precisos de la excitación. Es entonces cuando a cada jaloncito al cuello del cisne levitamos, entregados, laxos, ingrátidos, hasta que inevitablemente se nos pincha el globo. Cuando sintió que la verga se hinchaba finalmente para escupir pudo haber recurrido una vez más al zamarreo enérgico para conseguir unos bonitos fuegos de artificio. Pero no.

Este era el momento para las revelaciones verdaderas: hizo más y más delicado el masaje hasta casi detenerse, y hasta detenerse por fin para ofrecer plenamente en espectáculo la lava marmórea bañando tras oleada las laderas de mi mano; para ofrecer plenamente la visión y comprensión de que así como el sol pide sangre, no puede haber derrame sacrificial más apreciado por la Luna que aquella lava pálida como ella, que aquella perla líquida y lunar. Semen, sangre de Luna. Marea seminal, sacrificios a la Luna.

VI. Reloj de luna

Hace unos días anoté que me sorprendería que los romanos (los antiguos, se entiende), tan aficionados al mármol, no hubieran declarado marmórea a la luna. Financiaci3n mía. Hoy a mediodía, en el intervalo en que cierro el comercio, sin ganas de almorzar, pasos distraídos me llevaron, como tantas veces, a la Biblioteca Nacional. La misma ausencia de intenci3n consciente me dejó en la zona de los ficheros, frente a la P de Plinio. Otra vez —por última vez, probablemente— tuve en las manos los vetustos tomos de la edición original de Littré. Y fue recién entonces —en el silencio de la gran sala, poblado de papelitos crujiendo, risitas ahogadas y sillas torpemente empujadas que se me ocurrió averiguar lo que el antiguo sabio supiera sobre la luna. Vine así a enterarme de que no sólo los quesos redondos y lechosos como la luna eran la fama de la “etruria Luna” (Marcial 13,30). De Luna —puerto de entonces en el golfo de Spezia, en la Etruria de los romanos— donde, por supuesto, se centralizaban los actos de culto a la diosa Luna —en templos a cielo abierto, informa Vitrubio—, provenía un mármol “más blanco que el de Paros”. Bingo: para los romanos luna y mármol sí eran sinónimos. Y eso no es todo: ya picado con el tema apenas regresé a casa fui en busca del tomo I de Vasari, que comienza con un capítulo sobre las distintas piedras de uso en la construcción. ¿Qué nos dice el historiador? Que “en las montañas de Carrara, en Garfagnana, cerca de los montes de Luna, hay gran variedad de mármoles”. Bingo otra vez: porque de los pedregales de Garfagnana es de donde vienen los de mi sangre y apellido; se verá pues si es tan sorprendente mi morbosa y aparentemente arbitraria y ociosa atracci3n por la luna. (Vaya

laberinto. ¿Tendrá realmente que ver una cosa con la otra? No, no es posible. Tiene que ser una casualidad). Rizado el rizo y a otra cosa.

Sólo los viernes me quedo a dormir con Malena. Me voy sobre la once de la mañana del sábado después del desayuno y de la (cópula) del estribo, y no nos vemos hasta el martes siguiente. Así fue desde el principio y ella lo aceptó sin más preguntas. Mi motivo —hábil y oportunamente declarado— fue dejarle el fin de semana libre para sociabilidad, en la esperanza de que encontrara quien pudiera quererla mejor que yo. ¿Es honesto o es hipócrita concederle a una viuda largamente treintañera y mansamente enamorada el lapso entre jugosas sesiones de sexo para que se busque mejor pareja? Honesto: por que buscará sin urgencias sexuales distorsionantes. Hipócrita: porque la continuidad de la dieta reforzará sus esperanzas de enamorada, y la satisfacción regular de sus urgencias la dejará sin ganas. Así las cosas, la irrupción de mi muerte vino a transformar esta especie de status quo presuntamente eternizable, lanzando a Malena en una carrera contrarreloj, olvidada de los marcos de referencia y las convenciones sociales más respetables, en pos del momento epifánico que realizara, *liberador*, en un sólo estallido, la llamarada potencialmente abrasadora de su amor por mí. O por lo menos así, como una dinamización de los abismos místicos de pasión que yacen en lo oculto de cualquier alma humana, me gusta leer el cambio en la conducta de Malena evidenciado por el episodio de Ligia, cambio que sospecho que no se detendrá ahí.

Este sábado me despertó, asordada, lejana, la grito ría inconfundible de un relato radial de ciclismo. Malena estaba lavando los platos en baby-doll, con la radiecita a punto de naufragar en el oleaje del fregadero. Los baby-doll me parecen lamentables: su estrategia erótica consiste en aníñar a la hembra.

—¿Te despertó la radio? Discúlpame. Son las Mil Millas. Siempre escucho las carreras. Me fascina que griten todo el tiempo, como si a cada momento estuviera por pasar algo definitivo —empezó a explicarme después de bajar con un manazo lleno de jabón el volumen de la radio—. Y después están estas especies de toros de todos colores con todos los musculotes hinchados todo el tiempo. Y me imagino los paisajes, las cuchillas, las praderas, las cañadas preciosas con los arroyitos, las nubes que pasan. Es un entretenimiento de lo más completo. Y mientras tanto vas haciendo otra cosa ¿no?

Aquello era algo completamente matrimonial. Algo inédito para mí. Me enternecí y me pareció apropiado llevar hasta el final la parodia conyugal. Me la paré detrás y le metí las manos por todos lados apretándole la verga contra las nalgas.

—¿De veras —le pregunté con voz que quise tierna y arrulladora— te gustan los musculotes hinchados?

Respetuoso de los códigos propuestos completé la faena al pié del fregadero. Sólo muy al final, promotora al fin y al cabo de la idea, Malena dejó de rascar el fondo de la olla, cerró la canilla, se apoyó en el mármol y cerró los ojos para concentrarse en el orgasmo. Después descansamos abrazados en la cama.

Aunque ya no quería hablar más con ella del asunto de la novela, fui al grano contándole lo de la aurora lunar, dejando de lado la paja, por supuesto.

—No creo que la cosa sea observable en las ciudades —comentó.

—Difícilmente —concedí.

Se semiincorporó apoyándose en un codo.

—La masturbación tiene que ver con la luna —declaró inesperadamente.

—¿Cómo es eso? —respingué, perplejo ante la sutileza de sus intuiciones.

—Con la luna del espejo.

—Es cierto —musité, recordando por primera vez cómo al salir de la tierna edad hacía malabarismos en el borde de la bañera para verme masturbándome en el espejo medio

empañado del baño. ¿Por qué la *luna* del espejo? Comprendo la metaforización en la luna de la uña, en la luneta del teatro, y hasta en el lunar, pero ¿en el espejo? Quizá cuando se produjo el símil lo habitual era que los espejos fueran curvos, ovales, redondos, y seguramente eran. Lo único que reflejaba luz en la oscuridad de los dormitorios. Hoy habría que hablar de la luna del televisor y de la limita del despertador.

Malena se paró y fue hasta la cómoda que está a los pies de la cama. Empujó suavemente el espejo, que se inclinó hacia adelante hasta que me vi entero sobre la cama. Me la imaginé retorciéndose como una anguila sobre la cama con el dedo en el vértice.

—No me dirás que...

—A veces —soltó, riendo con picardía. Su desenfado me avergonzó de mi pudor. Fue hasta la mesa de luz—. Tengo más.

Abrió el cajón y sacó un ejemplar viejísimo de Seleccionados del Reader's Digest. Tenía la página marcada. Al pie de la página, bajo el título *Citas atables* se apiñaban varias frases. La uña colorada me señaló una: *Sólo el poeta tiene reloj de luna*. Debajo, el nombre del autor: R. Gómez.

—Bárbara. Un poema —murmuré fascinado.

Aurora lunar, reloj de luna: un evento casi indemostrable y un adminículo prácticamente inútil, pero ambos de una precisión tan absoluta como sus correlativos de la cultura solar, el revés de cuya trama representan. Con la mirada sin ver, refugiada en la mirada de Malena, me abstraí dándole vueltas y vueltas a la discontinuidad y precisión de las auroras y los relojes solares y lunares. Una cultura solar y una cultura lunar ¡bonita ocurrencia! Casi dos civilizaciones diferentes conviviendo disimuladas en nuestra cotidianidad: vidas humanas regidas por auroras y relojes solares y vidas humanas regidas por auroras y relojes lunares, una tecnología solar y una tecnología lunar, una mitología solar y una mitología lunar, una erótica solar y una erótica lunar, una fauna y una flora solares y una fauna y una flora lunares, una gastronomía solar y una gastronomía lunar, una operativa mental solar y una operativa mental lunar, un imaginario solar y un imaginario lunar, un ser humano solar y un ser humano lunar inscriptos en el mismo círculo pero rotando en sentidos opuestos, y comulgando en la misma ilusión de la unidad impuesta por el omnipotente discurso de la conciencia. Terminé por percatarme de la sonrisita satisfecha, de mono sabio, en las comisuras de los labios de Malena, consciente de que se había anotado una buena.

—Te daría un premio, pero no puedo. Ya te lo di.

Me saltó al cuello y estuvo un buen rato dándome besos con la punta de los labios en cada centímetro de la cara y del cuello. Hasta que me dije: “Hay un momento para cada cosa”, y hablé. Llevado por la situación concluí que se merecía que se lo dijera y hablé.

—Malena: es preciso que no te imagines que voy a morir en tus brazos, ni que vas a recoger mi última mirada o mi último aliento, ni que vas a caminar detrás de mi ataúd. Voy a morir solo, rodeado de la naturaleza desatada, lejos de aquí. Estoy confiándote algo que ni mi familia sabe.

—¿Solo?

—Cuando llegue el momento no quiero oír una palabra de nadie, ni captar un pensamiento ajeno, ni polución sentimental, ni nada. Quiero poder concentrarme y devolver mi mente tal como la recibí: en estado de tabla rasa. Así va a ser, Malena: a cada uno de los míos le voy a dejar una carta saneando con perdones de todo tipo las cuentas de la vida. Y vos tenés que saber que cualquiera de los días que me veas subir al ascensor puede ser el último, sin más aviso que éste.

Quedó anonadada, pero sin duda que mejor esto y no algún aquellarre de última hora. Ahora, tranquilo en casa y repensándolo, se me ocurre —quizá porque Malena no volvió sobre el tema— que lo que le dije, en tono por demás concluyente, en realidad la alivió, liberándola de

la imaginación de un final masacrante. Da dos los cambios que se han venido manifestando en su conducta puedo suponer que su imaginación liberada se dedicará a perfeccionar la imprevisible víspera de mi partida.

—Tuve un sueño muy agradable —empecé a contar para cambiar de tema— pero recuerdo muy poco. Había una muchacha de pelo largo y negro. No le veía la cara en el sueño porque estaba cabizbaja y el pelo le tapaba la cara. Vestía jeans y camisa blanca. Estaba para da en medio de una habitación pintada con colores blancos y dorados, y sin muebles. Una construcción antigua, de techos altos y ventanas altas por las que entraba mucha luz. Ella tenía la mano metida por la cintura del pantalón y se acariciaba entre las piernas con gestos nerviosos. En el sueño sé que lo hace recordando —veo sus recuerdos— a un hombre con el que se cruzó en la calle y con el cual intercambió miradas *terribles*. Sé que a ambos el deseo los ha incendiado instantáneamente y sé que cada uno en la soledad, recordando, no pueden evitar saciar por poco que sea la ansiedad. Pero en el sueño sólo la veo a ella, el rostro oculto por el pelo suelto, bañada por una luz blanca, sudorosa y perniabierta en medio de la habitación cubriéndose por completo la entrepierna con la palma de la mano. Sé que van a salir a buscarse por las calles y que se van a encontrar y que no va a haber nada en sus vidas más que la cópula eterna. Ellos son los principios elementales del universo y al soldarse en la unidad se suspende toda decadencia y renace todo el sentido.

Me sentía perfectamente imbécil hablando así, pero a Malena se le aflojó todo y de los ojos inmensamente abiertos le rodaron dos lágrimas nada mezquinas.

Es tarde en la noche del mismo sábado y acabo de escribir estos recuerdos. Salgo al balcón con un vaso de whisky en la mano. Es una de esas noches perfectamente veraniegas, quizá la última de este verano, quizá la última que me toque vivir. La gente se resiste a irse a la cama. Los gritos de los niños correteando aún en las ve redas, el olor de los troncos quemándose en la parrilla da de al lado, un auto pasa despacio derrochando música estridente por las ventanillas bajas, el último Pluna del puente aéreo desciende sobre la ciudad con los motores ya casi apagados. Un recuerdo toma cuerpo y se precisa: fue en Menora, con aquella mujer que amaba a Canetti al punto de hacer de sus libros biblias que siempre tenía a mano, en la guantera del auto, en la mesa de noche, en el bolso de viaje, donde fuera, para cuando necesitara paz, explicación o consuelo. Habíamos estado conversando y bebiendo toda la noche y ya cerca del amanecer salimos a refrescarnos dando una vuelta a la manzana. Entonces me dijo: “Ya que la horrible injusticia que es la muerte es inevitable por lo menos se nos podría conceder que al morir desapareciéramos en el aire como el consabido gato de Cheshire, y que no dejemos ese bulto atroz ahí tirado”. Yo coincidí que sería un alivio notable que atenuaría la cosa. “Nadie estaría contra el toreo, argumenté, si el toro se desvaneciera en el aire al llegarle la punta de la espada a la zona de muer te”. Y ahora pienso: sería un alivio como el que debe de haber sentido Malena hoy cuando le solté mis planes de partir, de desaparecer. Pero alivio para el que se muere ¿cuál sería? El único posible es ya *no estar ahí* cuando suceda. Estar loco, o subiendo al cielo rodeado de ángeles, o con la mente sorprendentemente en blanco, o definitivamente regresado a la infancia como los privilegiados que se mueren muy pero muy viejos. Sumirse en el mundo imaginario de una novela (y hasta la más autobiográfica es imaginaria) puede funcionar hasta el umbral: más allá, donde las papas queman, se necesita más. ¿Funcionará como alivio mi proyecto de disolver mi conciencia (ya no estar, pues, allí) exponiéndola a lo cósmico sin atenuantes? La alternativa es entregarse a la angustia y a la autocompasión y acabar regalándole algunos meses a la Muerte. Porque de resignarme y sentarme a esperar firme como una montaña, lo confieso orgullosamente, no soy capaz.

VII Adiós para siempre

El portero me dio la llave de Malena. Raro. Primera vez que no está a la hora que llego. Encima de la mesa había una nota: “Lulú es Lucía. Luna y Lucía tienen la misma raíz: luz. Te está esperando en mi dormitorio. No seas bobo. Está todo bien”. De rabia estrujé el papel y lo tiré contra la pared. Salí del apartamento y del edificio. No paré hasta la esquina/ pero en la esquina paré. “No puedo salir corriendo”, razoné. “No por Malena ni por la chiquilina, sino por mí. No se huye de las situaciones, se las enfrenta. Más si son situaciones producto del amor y no del odio”. Ya regresando a buen paso me confesé el subtexto: “Además del placer de cogérmela, que me lo niego, está el placer de explicarle por qué no me la voy a coger, o sea, de penetrar no en su cuerpo pero sí en su intimidad más íntima, y ese placer no tengo por qué negármelo”.

Al abrir la puerta Lucía estaba ahí, en la sala, calzándose el segundo campeón. Era casi una ruña. El papel, arrugado pero abierto, estaba sobre la mesa. Cerré detrás de mí:

—Lo siento, Lulú... —empecé.

Su mirada era recelosa tirando a hostil. Se encogió de hombros.

—No hay problema —y después de mirarme de arriba a abajo, ironizó—: Igual ya tenía que irme—. Tenía puesta una camiseta de rugby con números enormes, y shorts y champions blancos, y en el pelo una colita de caballo. Vestida para el amor, digamos. Busqué en vano las palabras. Volvió a encogerse de hombros:

—No voy a pedirte por favor que me cojas... —dijo, con tono altivo o casi. “A la mierda”, pensé. “¿Y esto cómo funciona?”

—No te enojas —volví a empezar—. Malena pensó para bien...

—Ya sé que pensó para bien. Por eso vine. —Sólo que no me consultó a mí. Alzó las cejas y sacudió la cabeza, incrédula. —Es una boluda.

Separé una silla de la mesa y me senté. Vi que ella no sabía qué hacer.

—Bueno, me voy.

—No quisiera que quedas mal por esta situación ab surda. Quisiera que comprendas.

—Comprendo. Malena pensó que era lo que querías pero no sabía que no te ibas a animar.

—Algo así.

—¿Y por qué no te animas? ¿Te parece antinatural y monstruoso?

—Algo así, Lulú. Pero te estás repitiendo. Antinatural y monstruoso es lo mismo.

—Me corregís como a una nena. No tenés hijos ¿verdad?

—No.

—Será por eso que me corregís. ¿Por qué no tenés?

—Lo fui dejando para después hasta que entendí que soy un solitario.

—Egoísta.

—No. Solitario.

Se sonrió, cada vez más relajada, más cómoda en la situación.

—Sos buena gente. Me alegro y me entristezco por Malena —Me sorprendió la concisión dantesca de la expresión. Maldije a Malena por andar desparramando mi desgracia. No dije nada.

—¿Puedo sentarme en tu pierna?

No supe decir “no”. Se sentó sobre mi muslo izquierdo y apoyó su brazo sobre mi hombro, como una niña, como una hija. Estuvimos así en silencio, semisonrientes, sintiendo que todo se aflojaba.

—Empecemos de cero —sugirió animosa, divertida—. Mi nombre es Lulú. Me llaman la Lunareja.

—¿La lunareja?

—Porque tengo lunares.

—No es cierto que te llaman así.

—Bueno, no —soltó la risa—. Eso es parte del libreto que me dio Malena. Según ella te iba a encantar el sobrenombre.

Apoyé mi frente contra su sien.

—Vos también sos buena gente —dije, y no sé por qué, sin pensarlo, agregué—: No andes prestándole por ahí tu conejito al primer boludo que pasa.

—No, papá —respondió quedito, de inmediato. Solté una risita sorda. Le acaricié el vello dorado de los muslos, sin mucha malicia. Puso su mano sobre la mía. Se vio pequeña. Sentí el calor y la humedad en su palma.

—Quédate quieto y no abras la bocota —susurró. Me quitó delicadamente la mano de encima. Se paró y con un movimiento rápido y seguro, como si estuviera sola en el baño, se bajó los shorts junto con el slip, que quedaron atándole los tobillos. La camiseta larga le cubría el vientre.

Sentí con fuerza el impulso de pararme y detener aquello, pero no pude: muy dentro de mí me dije: “voy a parar esto, pero no hay razón alguna para no libar un poco más maravillas antes”. Liberó sus pies y volvió a sentarse sobre mi pierna. Apoyó su sien contra mi frente.

Con la misma suavidad y dulzura volvió a poner mi mano sobre sus muslos. Después recogió la camiseta para que pudiera ver su pubis —apenas si tenía vello y era la cio como un plumón, aún sin rulos— y separó las rodillas. Los escrúpulos me vencieron. Realmente no veía más que una niña indefensa y un adulto abusivo.

—No puedo, Lulú —susurré directamente en su oído—: sos una niña.

Suavemente giró la cabeza para encontrar mi mirada. Era una mirada franca y limpia, ni infantil ni adulta sino *humana*. No sé cuánto tiempo nos miramos pero fue bastante como para que otra vez me aflojara.

—¿Queras que me pinte y me ponga tacos altos?

Eso fue casi una bofetada. Mi mano inmóvil sobre su piel, sudaba, y sentía como que los dedos se me estiraban en dirección al vértice. Mi mente buscaba frenéticamente la clave que me destrabara.

—¿Lo haces por mí o por vos?

Le salió redonda la respuesta, con pausas justas y énfasis precisos.

—Por mí —dijo—. Y *también* por vos. Por ambos. Bingo. Se dio cuenta y sonrió.

—Ahora vamos a jugar a que yo tengo un imán entre las piernas y vos sos el Hombre de Hierro.

Atraídas por el imán del deseo las yemas de mis de dos se deslizaron hasta tocar el pubis. De sus labios escapó un suspiro tembloroso. El monte y los labios exteriores me parecieron increíblemente diminutos. Acariciando el exterior seco del tajito pensé hipócritamente: “Hasta aquí llegamos”, pero en ese mismo momento el índice se insinuó y luego desapareció en el pliegue. Lulú gimio suave mente y separó más las rodillas. Su mano derecha subió de mi espalda a mi cuello y desde allí se sumergió en mi pelo. Estaba más que húmeda. “Sólo voy a acariciarla así”, hilé confusamente. “Sólo voy a hacerla acabar así. Y éste será el último y el más hermoso regalo que me dé la vida”. Dejé que el índice resbalara dentro de su cuerpo y gimio como si fuera a llorar.

—Sólo esto va a ser, Lulú —susurré en su oído—: ¿de acuerdo? Sólo te voy a acariciar con el dedo.

—Por favor hacélo —gimió hamacando sus nalgas sobre mi pierna. Ya no me contuve. ¿Iba a ser esto? Pues bien, en *esto* podía dejarme ir, entonces. Busqué la lengüita rosada y abrí los labios para verla y la masajé con la yema del dedo medio. Abrió más las piernas y se balanceó sobre mi muslo rotando las caderas y tembló entera una y otra vez como con toques eléctricos. Y en algún momento, no sé cuándo, su manita soltó mi pelo y se posó sobre mi bulto. La tela del pantalón era fina y sus dedos trataban de empuñar el tallo de la verga con la consecuencia de darle deliciosos pellizcos que la encabritaron. La bestia creció en mi pecho y la potencia endureció mis brazos y mis manos. Me espanté. *Supe* que de ninguna manera iba a ir hasta el final y aceleré el masaje. Lulú se estaba literalmente derritiendo a juzgar por los jugos que soltaba, pero no perdía el control. Sentí que luchaba con el cierre de la bragueta. Penetré en su cuevita con dos dedos ahora, los saqué para amasar el botón con verdadera fruición y volví a meterlos, una y otra vez. No podía resistir mucho con semejante tratamiento. Pero en ese momento lo consiguió: soltó el cinturón, soltó el botón de la pretina, el cierre se bajó solo por la presión de la verga tensa como rama verde y Lulú tuvo su premio. La empuñó bajándole la piel y se quedó mirándola embobada. Me sentí orgulloso del estado y tamaño que presentaba. Se puso a sacudirla de arriba a abajo aferrándola con fuerza. “Al diablo”, pensé abandonándome. “Es justo que si ella acaba yo haga lo mismo. Es justo que a su edad esta niña tenga una idea precisa de lo que es una verga de verdad soltando toda la polenta”. Y allí mismo me hubiera acabado si Lulú no se hubiera detenido súbitamente. Ingrávida y ágil como un ángel levantó las nalgas de mi pierna y las puso en frente de mi vientre. Con una mano se apoyó en mi rodilla y con la otra puso la cabezota desnuda y reluciente contra la delicadísima puerta.

—No, Lulú —gruñí, pero no la empujé para alejarla. Apoyó la otra mano sobre mi otra rodilla y gimiendo como si llorara se dejó caer lentísimamente sobre la verga. Sentí que ocupaba toda su vagina en diámetro y profundidad y que sobraba la mitad del instrumento.

—Ay, Dios —casi gritó Lulú desde lo hondo de su pecho. Sus manos temblaban sobre mis rodillas. Sus caderas describieron un círculo y luego otro sin devolverme un centímetro de verga.

—No puedo, Lulú —volví a gruñir, pero sádicamente, sin mover un dedo para evitarlo.

—*Por favor* déjame, que estoy por morirme —alucinó Lulú, ya fuera de control, ya hundiéndose en el algodón del orgasmo. Y entonces empezó a deslizarse arriba y abajo a lo largo del tallo, muy suavemente como si tuviera el temor de desgarrarse con el tamaño de la verga. Su gar ganta se silenció, su respiración se contuvo. Iba en busca del punto final. “No puedo sacarla ahora”, pensé volviendo en mí. “Sería cruel y enfermo”. Puse las manos sobre sus glúteos guiándola con firmeza en el sube y baja para ayudarla a acabar. De pronto perdió todo el aliento, su cuerpo se aflojó por completo y estuvo a punto de empalarse dejándose caer sobre la verga, cosa que evité sosteniéndola. Temblaba como una hoja en la tormenta, juntó los muslos y frotó una rodilla contra la otra, largas descargas la sacudieron y con la boca cerrada su garganta cantó las maravillas del dulce flotar en la mismísima Nada. Sin apoyarse en mis rodillas sencillamente se hubiera ido al piso. “Bien” pensé, respirando hondo “esto se terminó aquí”. Pero permanecí inmóvil mirando fascinado el anillo rosado que ceñía el tallo rígido de mi verga mientras empezaba a sentir la lápida de la culpa y me esforzaba por asquearme ante la sola idea de soltarle el engrudo ya mismo, ahora mismo, bastando para eso con que diera un par de topetazos más contra el fondo de su cuevita. “Sólo voy a darme un poco más de gusto”, concedí una vez mas “pero un gusto puramente estético, casi abstracto. Sólo voy a mirar un poco más: es la gran verga de un macho maduro clavada hasta donde cabe entre las escuálidas nalguitas de una niña, sí, de una niña, porque hasta es posible que ni quince años tenga a juzgar por los piquitos que tiene en el pecho”. Siguiendo el hilo de este interés puramente objetivo

metí las manos por debajo de la camiseta y quité el soutiens de encuna de los pechos. Apenas tenía. Me sentí absurdo, grotesco acariciando tetas inexistentes pero igual recogí lo que había en las palmas de las manos y pellizqué entre el pulgar y el índice las puntas de los pezones. Las retorcí casi. Sentí que sus caderas despertaban y volvían a rotar sobre mi verga. Volví a tomarla de las caderas y saqué la verga casi por completo. Volví a hundirla. “Solo un poquito más y ya”, pensé, sintiéndome bajo control. Empecé a pistonear con buen ritmo pero sin topar el fondo.

—Ay, papito —dijo Lulú, con vos apagada por el cansancio, con voz que creí deliberadamente aniñada, con lenguaje involuntariamente de puta—: seguí, por favor, seguí —frío como un cuchillo pensé: “Uno no es ninguno”, y seguí hasta que, muy pronto, volvió a temblar y gemir y retorcerse sin que yo dejara de regalarle tiernas es tocadas.

—Estoy a punto de caerme —dijo después, doblemente agotada.

Supe que si seguía un segundo más dentro de su piel iba a soltar el chorro. Supe que si sentía que me iba, se me soltaría el cuerpo y la trataría finalmente como a una mujer. Sentí crecer en mí como una ola el deseo de romperle el culito o de ponerla a chupar y acabarle en la carita de madona adolescente. Pero pudo más la voz interior, la de la cordura, la de la culpa, la de la cultura, la del asco, la del miedo, y saqué completamente la verga del hornito. “Soy un cerdo y un criminal por lo que hice hasta aquí, pero si fuera hasta el final sería abominable e imperdonable”, pensé proporcionándome a la fuerza e in extremis una coartada para la autoestima, y arrojé la verga que, incrédula, seguía saltando en su prisión. Lulú se había dado vuelta y me miraba con ojos también incrédulos.

—No podes hacer eso. Es como si me rechazaras.

—Perdóname, Lulú, pero hice lo que pude por tu autoestima. Si voy más lejos se jode la mía.

Estaba anonadada. Creí que iba a llorar.

—¿Pero vos sabes lo que es para mí ahora que acabes, que tengas todo el placer conmigo?

—No puedo, Lulú. Perdóname. Lo que me diste fue celestial, pero no debí tomarlo. Vos sos una niña casi y yo soy un cuarentón moribundo. Pónete los shorts, dame un beso y ándate. Te agradezco el paraíso que me diste.

—Por supuesto —dijo, y sus ojos brillaron con furia—. Una especie de aperitivo. Ahora vas y terminas con Malena. No es justo. Eso que tenés ahí a punto de saltar es *mío*.

Era cierto. Más allá del orgullo y el amor propio de la hembra, un instinto más que arcaico de *propiedad* impregnaba sus palabras. Le estaba haciendo oscura y verdaderamente daño. Supe la solución sin pensarla. Me paré y fui hacia el baño.

—Quédate ahí —le dije.

Dejé la puerta abierta para que me viera. Me paré frente al lavatorio y saqué la verga, hinchada y dura todavía. La empuñé y me puse a sacudirla con fuerza. Lulú, inmóvil, electrizada, me miraba hacer con los ojos muy abiertos. Nuestras miradas se soldaron y continuaron soldadas mientras soltaba mares de esperma reprimiendo los gritos y los gemidos que se agolpaban en mi garganta.

Después, mientras abría la canilla y empujaba las den sas gotas hacia el desagüe vi de reojo que Lulú se vestía. Volví a, su lado, me senté con las piernas temblando de tan flojas.

Se acercó y me besó en la boca a fondo, mezclando las salivas y las lenguas. Se separó. Nos miramos y volvió a besarme a fondo.

—Chau —susurró, y supe que me estaba diciendo “Adiós para siempre”.

VIII. More tea

Hoy de mañana estuve con el médico. Tomé nota de talladamente de la escalada de síntomas que anunciarán y pautarán el declive final. A mediodía cambié mi auto casi nuevo por una pick-up de segunda mano. No está de maravilla pero bastará para llegar a donde voy. Por la tarde vi a mi abogado. Me aseguró que no necesito testamento si lo que quiero es que mis bienes pasen a mi familia en el orden natural.

Estas notas las empecé en una libreta de hojas cuadriculadas y la mano me volaba. Hace unos días se me acabó esa libreta y pasé a éste cuaderno común y corriente, con renglones: ahora escribir es un esfuerzo, a poco de estar haciéndolo me canso, y la mano me duele, y me pesa como si fuera de piedra. El dolor y el endurecimiento avanzan por el antebrazo hasta el codo. Al detenerme para meditar sobre estos hechos de inmediato mi memoria me proporciona la explicación: recuerdo vividamente la dura batalla cotidiana —irritación de mamá, tirones de orejas, llantos de horas— que fue en mi primer año de escuela para lograr que ciñera mis letras y garabatos a la disciplina férrea de los renglones. Evidentemente mi yo escolar acecha entre estas finas paralelas que vuelvo a tener delante y se niega a esta nueva violencia más aún que lo que se niega a la amargura de las palabras que ahora encarrilo y a toda esta nueva disciplina de prepararme para morir a plazo fijo. De hecho —me doy cuenta ahora— todas las libretas, cuadernos, cuadernetas, blocks y papeles sueltos en que he escrito mis ocurrencias desde tan atrás como llegue mi memoria han sido primero sin renglones, y luego cuadriculados. En particular recuerdo la alegría que me significó dar con las libretas de topógrafo —cuadriculadas, tapa dura recubierta de áspera tela verde— que fabricaba Mosca y de las cuales hice buen acopio al enterarme de que dejarían de producirse —en la última que me quedaba fue que comencé esta serie de notas. Calculo que mi primera actitud fue regresar a la hoja completamente blanca de antes de la escuela, y que después, ya harto de la vaguedad del espacio sin referencias, busqué uno que, ofreciendo un principio de organización, no ciñera demasiado el vuelo de la pluma, y la cuadrícula es tan pequeña que se la vulnera sin resistencia alguna. En todo caso: esta vez no voy a *huir* de los renglones sino que voy a vengarme retrospectivamente burlándolos por medio del sencillo expediente de llenar las páginas escribiendo *en diagonal*. Con lo cual se cierra el círculo: trauma (los renglones escolares), huida (hoja en blanco), transgresión (cuadrícula vulnerada) y venganza (las diagonales sobre los renglones): *siempre* en las peripecias en que en volvemos a las cosas y a las personas que nos rodean hay un sentido a descifrar. Es *por eso* que esa antiquísima forma arquitectónica, el laberinto, más allá de su simbólica y de su función ritual originales, conserva entre nosotros esa densidad metafórica o simbólica tan densa y entrañable.

Le conté el periplo de hoy (médico, automotora, abogado) a Malena. Ya no tiene lágrimas. Pasó de plañidera a compañera. Me pidió que le contara de nuevo mi plan. Le repetí lo de la soledad agreste, la espera de los síntomas finales, la búsqueda del vado de los budistas, el riesgo sobre el océano furioso, el salto a la nada.

—¿Y si al caer al agua en vez de dejarte ir al fondo te pones a manotear para salir?

—Esa es una pregunta más bien idiota.

—¿Idiota por qué? Ustedes los señores están en la heroica y nosotras las damas en la

práctica.

No le respondí. Repartiendo con la punta del cuchillo la manteca sobre cada milímetro de una tostada perfectamente tostada me preguntó, decidida a mantener el perfil casual de la conversación, si había algún lugar del mundo que quisiera visitar. Le dije que a esta altura de la información nada que uno llegue a ver puede resultar sorpresa. “Nacemos viajeros inmóviles”, le dije. “Las ganas de viajar para ver el mundo denuncian falta de información o de imaginación”. Realmente estábamos imitando una conversación típica de los tiempos de antes de *la* noticia. Me preguntó entonces si había en el mundo algún malva do al que quisiera *matar* (y con esta palabra llevó el tono casual al extremo) sea en venganza personal o como buena acción de despedida. Le expliqué mi íntima convicción de que la racionalización de la especie, proceso en el que obviamente estamos, acabaría con la maldad humana que no es —como Sócrates enseriaba— sino un subproducto de la ignorancia, y que en esa perspectiva cualquier acto aislado de depuración me resulta como andar por la selva con un matamoscas.

—¿More tea? —preguntó frunciendo los labios y adelantando la tetera para relativizar aún más la supuesta profundidad de lo dicho y aquí recogido y anotado.

—¿De manera que no querés para lo que te queda de vida más que lo que la vida te viene dando?

—Nada más —dije, pero al hablar capté el significado blandamente oculto en sus palabras—. Sin olvidar que me prometiste acabar con el jueguito de la Celestina.

Me lo había prometido apenas llegué, abrazándome y diciéndome al oído y sin darme tiempo a más: “Estuve mal. Prometo portarme bien”. No insistí porque el abrazo que me estaba dando era uno de esos blandos y jugosos, perfectamente encajados, cornudísimos, que sólo salen de vez en cuando y no a propósito, y que no tienen fórmula. Ahora al recordarle su promesa sonrió apenas, ocultando la sonrisa detrás de la porcelana. Y juro que ni en Versalles se habrán visto sonrisas más perfectamente maliciosas.

—En serio, Malena, me alcanza contigo. A cualquiera, al mejor de los hombres le alcanzaría contigo. Y de lo que te estoy diciendo toma nota para después, para que cuando no esté te relaciones en función de tu valor verdadero. En éste último tiempo he descubierto los repliegues ocultos de tu alma y me doy cuenta de que lo que me queda no da ni para empezar a disfrutarte.

—Me siento muy honrada —dijo con la sonrisita de bruja todavía bailándole en la cara.

—Lo dije en serio, Malena —dije, serio.

—Lo sé —dijo tomándose la mano y dejándose de malicias, temerosa de entristecerme—. Me siento muy honrada y muy... —supe que yo tenía que completar la frase:

—... amada —dije.

Después del amor, completamente laxo y mirando al techo, con la cabeza de Malena sobre mi hombro, me puse a divagar en voz alta. Malena me escuchó en silencio, y en algún momento sencillamente se durmió.

—Lo más importante que me está pasando no es que me voy a morir, sino que estoy viviendo de otra manera, como si *Yo* fuera *Otro*. Me diseño una muerte como quien se hace un traje de medida, descubro la belleza un tanto barroca de tu personalidad que antes ignoraba absoluta mente, asumo el garabateo sobre papel como placer de artesanado y ya no como el intento de alcanzar un valor supremo en términos de verdad o belleza, me niego a jerarquizar mis impulsos o mis pensamientos, disfruto de la sensación de flotar en el magma del Ser y tiendo la mano agradecido a todo lo que me ofrece, disuelvo los parapetos y las fronteras y sin anteojeras ni angustias accedo di rectamente a la verdadera naturaleza de la realidad, que es la simbólica. A lo mejor exagero y no es todavía así completamente, pero siento que voy hacia este *Otro* y que este *Otro* es el que va a ser capaz de realizar esta muerte según yo perfecta que

me propongo, Los nuevos meandros de nuestra relación —recomencé, y Malena ya semi-dormida se sobresaltó apenas—, el salame y el vino de mi cena de anoche, el cielo nocturno que nos permite el diálogo con el infinito y nos revela las gravitaciones más secretas de la fisicidad, y el cielo diurno que nos oculta esos abismos y nos devuelve a los límites de la peripecia razonablemente humana, los garabatos magistrales de las nubes y los de esta birome que quisiera imitar a aquellos pero sin dejar de encerrar palabras, la continua conciencia de la brevedad de mis plazos y los adorables pucheros de Lulú el otro día, la pulimentada imantación de la cabeza de mi verga cuando se hincha para lanzar al viento la se milla lanzándome a la vez al vacío de las intuiciones primigenias, todo forma parte de una superescritura que me desborda y cuyo sentido intuyo pero no puedo apresar con el calibre excesivo de la red remendada de los pensamientos. Así sin duda se vivía el mundo antes de que se empezara a soñar con explicarlo desvirtuándolo, si es que ese antes alguna vez realmente existió. Por lo menos así sin duda vienen los verdaderos poetas que son como pararrayos del supersentido. Pero para mí es algo nuevo como vivencia cotidiana y de cada minuto del día, y sé que de alguna manera misteriosa que se profundiza cada martes o viernes, mi acceso a esta epifanía pasa también por vos —le dije a Malena, ya dormida— que hasta hace poco no era más que un amable, dócil y cómodo vertedero para mi semen y un problema futuro, cuando te decidieras a pedirme hijos y matrimonio, a lo que, por su puesto, iba a negarme, quizá porque siempre supe que no habría para mí tanto futuro. La creencia en los dioses — recomencé con nuevo aire pero ya acomodándome de costado para dormir— no es más que el rechazo del mundo como caos (que es como hemos llegado muy orgullosamente a imaginarlo en este siglo de mierda) y la creencia, a partir de las regularidades observables en los cielos y en el clima y en la vegetación y en las migraciones de los animales y en las mismas sonseras cíclicas de los humanos, en un supersentido cifrado inaccesiblemente en el mundo mismo, en el Ser en cada una, aún la más humil de, de sus manifestaciones —reflexioné, pero ya las aguas del sueño comenzaban a diluir la tinta de mis pensamientos. Soñé con hileras interminables de grajos destacándose sobre la blancura nevada de las estepas.

IX. Apolo

No me abrió Malena sino un muchacho de unos veinticinco años, impecablemente vestido y sonriente.

—Perdón. Me parece que... —empecé, pensando que me había equivocado de piso.

—Ud. es David ¿verdad? —me cortó, tendiéndome la mano—. Pase. Soy Néstor. Malena no está.

Ya en ese momento algo —no algo exterior, porque definitivamente no lo había, pero algo— me había dicho que el joven era homosexual. Y, claro está, en el momento de saberlo yo, él supo que lo sabía.

Entré, medio frenado por la sorpresa.

—¿Me dejó algún mensaje?

—Yo soy el mensaje —dijo, acentuando la sonrisa.

—No le entiendo.

—Malena quiso que nos conociéramos.

—¿Ud. es ... pariente de ella?

—No. Nada más trabajamos juntos —se cortó arrancando para la cocina. Terminó de preparar café y conversamos.

Intelectual y atleta eran las palabras que le convenían al tal Néstor. Rezumaba simpatía, buenos modos, inteligencia y energía. Me acerqué a la puerta de la cocina y lo miré hacer. ¿Sería un cura de onda moderna? ¿Un sicoterapeuta especializado en enfermos terminales? Demasiado joven en ambos casos, me enfurecí preguntándome qué carajos se le habría ocurrido ahora a Malena. Me prometí ladrarle que se equivocaba feamente invadiendo con sus ocurrencias un espacio —su apartamento, nuestra relación— que se había vuelto básico en mi economía vital.

Sirvió los dos pocillos de café y los puso sobre una bandejita brasilera de las de la tarántula bajo el vidrio y que nunca le había visto a Malena. Nos sentamos en la sala y bebimos.

—Entonces ¿no adivina?

Adiviné entonces y se me vio en la cara.

—Sorpresa —dijo cortésmente.

—No puedo creerlo —dije, a punto de reírme de la ocurrencia.

—¿Tiene algo de malo? —preguntó, divertido a su vez.

—No, Néstor. No lo tome a mal. Mire que yo respeto mucho... Nada más que...

Busqué las palabras, pero me ganó:

—Nada más que ¿qué? ¿Nada más que Ud. no usa? ¿Y cómo lo sabe?

Sonreí y me alcé de hombros. Sonrió a su vez y alzó las cejas.

—Ese es el punto —remató, ganando fácilmente el round. Y agregó entre sorbitos de café:

—El punto para Malena, por lo menos. Porque como seguramente que a ella no le preocupa la calidad de un futuro matrimonio con Ud., estará Ud. de acuerdo conmigo en que, guardándose su orgullo, combinó esto por y para Ud.

Inobjetable.

—¿Y Ud.? ¿Por qué lo hace? ¿Por mí también? ¿Por qué por mí?

—No. Lo hago por mí, David. Soy un exquisito. Colecciono situaciones absurdas como ésta.

Lo comprendí perfectamente. Tengo una antena especial Para las lógicas retorcidas. Sorbiendo café intenté analizar la situación. Era un hecho que no había salido corriendo ni dando un portazo. Y que estábamos tranquila mente dialogando el asunto. También es un hecho que como cualquier hijo de puta con algo más que programas en el cerebro alguna vez en la vida me encontré sondeando los ojos de algún Tadzio y reconociendo muy íntima mente, casi sin pasarlo por la conciencia y archivándolo prolija y profilácticamente de inmediato, que eran puros y nobles los impulsos que aquellos ojos estaban movilizand. Pero, en fin: Néstor no era un Tadzio, era un macho barbado y potente, y muy sutilmente — intelectualmente— agresivo.

—Lo felicito —dijo entonces fingiendo leerme el pensamiento—. Esa es una conclusión inteligente.

—No haga ruido, Néstor, que estoy pensando. Muy bueno le quedó el café.

—Gracias.

Traté de retomar el hilo de mis pensamientos sin resultado. End of the line.

—No le voy a decir que lo envidio, porque preferiría vivir los cincuenta años que me quedan, pero en primer lugar —y habló rápido para sortear el gesto de molestia que apareció en mi cara y completar su declaración— me parece admirable que haya decidido vivir con todo hasta el final —¿qué demonios le habría contado Malena? sin duda, lo que fuera necesario con tal de involucrarlo en su ocurrencia—, y en segundo lugar creo que tiene razón en que haciéndolo se puede alcanzar alguna revelación, en tender algo importante.

—Por favor, Néstor, le agradezco su voluntad de con tacto humano, pero le ruego que me ahorre sus elucubraciones sobre el tema.

—Entonces ¿pasamos a los hechos? —respondió sin ofenderse, acomodándose en el sofá y sacándose con los pies los mocasines para dejarme ver unos zoquetes inmaculadamente blancos.

No estaba decidido. Por cierto que no me frenaba pensar en cómo encararía Malena las consecuencias de su ocurrencia. Al fin y al cabo se las había buscado. Más bien pensaba en mí. Me pesaron los tabúes y las ideologías habituales sobre el tema —que jamás se me ocurrió evaluar ni criticar— y temí que la cosa de alguna manera me desequilibrara, me descuajeringara sin tiempo ya para re construirme desde dentro una imagen y un equilibrio nuevos. Entonces, en ese instante, con la total claridad que sólo pueden tener las intuiciones cuando bailamos en el filo definitivo de las cosas, o sea, sin la menor sombra de duda, supe que no. Supe que aunque descubriera la pólvora no se me iba a derrumbar la estructura. Porque no iba a estar en juego ninguna fantasmática de un inconsciente secretamente herido (que no lo está el mío) sino la dinámica, implacable una vez que se le acepta, de la curiosidad implícita en una búsqueda sistemática del placer que se respeta como tal, y en la que me di cuenta en ese mismo momento que estaba embarcado sin saber lo, empujado por Malena —también sin saberlo ella—, desde Ligia en adelante.

—¿Querés que te la chupe para ayudarte a decidir?

No le cambió la voz para decir aquello. No se le puso mimosa como a un puto. Era nomás la voz de un tipo que asume en general que prefiere chupar verga y no cono, y en particular que una buena chupada de verga puede — como una grapa o un poco de aire fresco— ayudar a resolver un dilema.

Entonces fue que pasó algo que todavía no interpreto. Dije:

—Chuparme la verga es algo que me hacen dos veces por semana, Néstor.

Juro que no sé si lo dije simplemente para desalentarlo o si, habiéndome decidido sin saberlo todavía, lo dije en el sentido que él lo interpretó inmediatamente.

—Eso es hablar —dijo, y sin prisas se quitó el slip junto con los pantalones y, con un segundo movimiento, la remera. No pude dejar de constatar que era un bello ejemplar. Un David. Muy poco pelo en el cuerpo, huevos abultados y verga regordeta, cabeceando ya semidespierta, como molesta por la súbita intemperie. Separó las rodillas con el mismo gesto con el que yo le indiqué su lugar a mis mujeres tantas veces. Pero para nada me sentí mujer al arrodillarme entre sus piernas. No lo miré a los ojos: nada esperaba de su alma. Agarré la verga con mano que sentí torpe. Estaba endureciéndose rápidamente. Por supuesto: de inmediato comprendí que era como empuñar mi propia verga: de inmediato supe qué hacer para descifrar su placer condensándolo o expandiéndolo, enlentenciándolo o acelerándolo. *Su verga era mi verga*. Con *su verga/mi verga* iba a entretenerme un rato y a encularme después. Como se le oyó decir al nazareno: “el que pueda entender que entienda”.

Supe también por primera vez y con claridad de catecismo qué es en realidad una verga: una fuente mágica a la que debe rendirse pleitesía y sacrificio para que de ella brote el chorro de luz y de vida. Sin darme cuenta estaba ya oficiando el ritual: liberando y ocultando una y otra vez el ojo ciego del que se espera el milagro. No pude dejar de constatar que la verga de Néstor no era una verga cualquiera. Larga y ancha y modelada como el tronco de un roble o como si hubiera fisicoculturismo para vergas. Miré al muchacho. Tenía los ojos cerrados. Diría que dormía si no fuera por el temblor en los labios. Bien por él: me dejaba solo y en paz. Descubrí la cabeza y me la metí en la boca. Jabón común de baño. Potencia henchida de savia. Se me llenó de saliva la boca para saludar al grueso bocado. El muchacho puso blandamente la mano en mi nuca y obedecí dejando deslizarse mis labios a lo largo

del tallo hasta que la punta empujó mi garganta. Quedaban varios centímetros afuera. Ahora sus manos se pusieron a ambos lados de mi cabeza para guiarme: arriba hasta besar el tajito, abajo hasta donde se pudiera. Trató de imprimir un ritmo a su caricia pero tropezó con mi torpeza. Fue entonces que me di cuenta de que mi verga estaba hipersensibilizada y en proceso de petrificación. Confieso que perdí un poco el control de mis actos. Chupé y lamí como si me fuera la vida en ello y quedé extasiado cuando una lágrima de ámbar, una única gota de lubricante brotó del ojo ciego. Me puse entonces a sacudir la verga con energía, atrapado en la frenética ansiedad por provocar la lluvia ¿por qué no decirlo? para recibirla en la boca con unción ritual, como una hostia. Semen: sangre de luna. La mano sabia, firme y dulce del muchacho me con tuvo.

—El puñal ya está afilado —canturreó fingiendo una voz ladina, como la del carlanco baboso de Espinola—. Ahora te lo tenés que clavar.

Y bien: para alguien por quien la muerte ya afila la guadaña ¿no será una digna alternativa, cual guerrero vicioso de muerte, servir de estuche a tan espléndida daga? Sentí prestas a mis entrañas, erizada la piel del culo y el músculo del anillo haciéndome guiñadas descontroladamente. Me paré y empecé a desnudarme. Tenía una erección de Muy Señor Nuestro. Néstor se quedó mirándola embobado y se pasó la punta de la lengua por los labios resecos por el deseo. Sacó del bolsillo de su pantalón un estuchecito de metal y me lo dio. Era vaselina, pero no sintética sino animal. La olí y olía a animal. Me unté el agujero por fuera y por

dentro pasando una mano entre las piernas.

—Arrodíllate en el sofá.

Miré el sofá. Imaginé. Me pareció humillante.

—Tiene que ser de frente —le aseguré como un experto en experiencias nuevas.

—Entonces en la alfombra.

Me acosté y se arrodilló entre mis piernas.

—¿Estás sano? —pregunté.

—¿Te importa mucho? —preguntó con crueldad que intuí deliberada.

—Me importa por Malena. —Estoy sano.

No había más que conversar. Levanté las rodillas. Apuntó y empujó. Apenas un relámpago de dolor y después nada. Se quedó quieto.

—Te está gustando —adivinó.

—No lo sé —todo lo que podía hacer era concentrar me en aquel intruso duro, blando, palpitante, vibrante, cálido. Era como tener un animalito dentro. Pensé en la tortura china de las ratas relatada en *Faraboeuf*. ¿Empezaría el animalito a lacerarme, desgarrarme, devorarme los intestinos?

—Pensá que sos un hombre dándole gusto a otro hombre. Eso es todo. Ni siquiera dándole gusto, dándole lo que necesita.

—No necesito un discurso, Néstor.

Se sonrió. Agarró mi verga y la meneó despacio. Empujó con las ingles hasta que tuvo su pubis contra mis nalgas.

—¿Querés que te la siga haciendo mientras te cojo?

—No —respondí sintiendo la cosquilla subir con una fuerza insólita—. Estoy por acabar.

—¿Querés que te acabe ahora mismo? —preguntó empezando un meneo despiadado.

—No —casi grité.

Paró. Apoyó las palmas de las manos en el piso a ambos lados de mis hombros y se acomodó de modo de apoyar con el peso del cuerpo el juego de las penetraciones. Ondulaba en el aire como una pantera al alejar y volver a acercar el cuerpo. Entonces fue que empezó el circo. Sentí a la vez que la verga le crecía hasta el medio metro y que mi cuerpo se abría y abría para recibirlo. Me tomé de las corvas para mejorar el ángulo de penetración. Con cada embestida me recoma de pies a cabeza una onda de placer: tan fuerte que hasta miré para ver si no estaba goteando ya mi verga. Con cada estocada estallaban dentro de mí mil fuegos artificiales, como si me estuviera hurgando con la varita mágica del hada Campanita. La lubricación era perfecta, el puñal era de jade y el estuche de seda. Sus movimientos eran elegantes y precisos, a la vez dulce y amaneradamente crueles. Un espíritu potente y ligero se abría paso en mis entrañas: así debía de coger el mismísimo Apolo. No sé cuánto duró aquello porque cerré los ojos y me hundí blandamente en la inconsciencia. La inminencia de mi orgasmo me devolvió a la superficie.

—Verá abajo —dije.

Se detuvo. Tenía el cuerpo brillante de sudor. Se desclavó y me sentí vacío al punto de que junté las rodillas temiendo huir de mí a través del anillo vencido.

—Dame la vaselina —pidió, equivocado, mirándome fijo la verga encabritada.

—No, Néstor. Coger por el culo no sería nada nuevo para mí.

Puse su verga vertical y monté en su cuerpo. Sentí cómo se abría ansioso el anillo cuando lo busqué con la cabeza de la verga y cuando me apoyé para clavármela. Otra vez perdí la cordura. Me puse a remover las nalgas sobre el clavo como para asegurarme de no dejar fuera ni un milímetro y después intenté cabalgarlo imitando los movimientos que vi hacer tantas veces sobre mi verga. Sólo que mis movimientos inexpertos resultaron duros, desparejos,

implacables, violentos. Néstor cerró los ojos y, comprensivo, se entregó al saqueo. Pero no tardó en perder la compostura. Empezó a cabecear y a jadear. Lo errático del ritmo lo dejaba en mis manos. Este tipo de galope vandálico y torpe no era evidentemente su estilo. Comprendí todo esto pero seguí dándole con todo hasta que otra vez el mercurio subió incontinentemente por el tallo de mi termómetro y tuve que detenerme. Pero esta vez la cosa era irreversible.

—No pares ahora —ladró Néstor, pero inmóvil, empuñé mi verga, le di un par de sacudidas, le descubrí la cabeza y para sorpresa del muchacho un verdadero torrente le cayó primero sobre la cara y después en el pecho. Se untó el semen en los pezones y después se chupó los dedos.

—Hijo de puta egoísta —masculló entre dientes.

Se incorporó desclavándose. Empuñó su garrote, amenazante.

—Date vuelta —silbó como una serpiente en celo paroxístico.

Yo estaba laxo, aflojado hasta el cero absoluto por la acabada volcánica. Me sentí débil y sumiso. Sentí que casi me sonreían los labios por el profundo e inesperado placer que me provocaba el deseo de obedecer a sus ladridos. Me di vuelta de rodillas y me apoyé en la palma de las manos.

—Más abajo la cabeza —gruñó—. Más arriba el culo.

Obedecí. Sentí su verga irrumpiendo por tercera vez en mí. Pero esta vez al hacerlo me atrajo con fuerza por las caderas, y la estocada fue realmente brutal. Me abrí todo lo que pude y aflojé hasta el músculo que mueve las orejas. Se puso a darme verdaderas puntadas de cuchillero, pero no consiguió arrancar de mí más que murmullos de placer. Su verga era una hoja de acero pero a la vez de seda. Sentí que a partir del culo mi cuerpo se imantaba y que la vieja sensación de levitar llegaba pero rápidamente se sublimaba en la de desintegrarme, disolverme y ser dispersas mis partículas por el viento del sol. Yo ya no fui yo, disuelto en la luz y en el vacío, y las mareas brutales que Néstor imprimía a la cópula eran cada vez más un arrullo marinero y remoto. Volví a acabar, pero esta vez sin erección. Simplemente mi verga soltó un chorro de placer y semen. Como en un sueño, sonambúlicamente, metí la mano debajo y alcancé a recoger unas gotas. Me chupé los dedos largamente y vagamente deseé que hubiera a mano otra verga para chuparla. En ese momento se soltó Néstor. Se hundió hasta fundirse las pieles y la verga se sacudió una y otra vez al vaciarse. Tales cabezazos pegó que me miré el vientre seguro de que el cabeceo sería apreciable desde afuera.

Néstor se derrumbó sobre mi espalda, derrumbándose a la vez sobre la alfombra. Sentí la caricia de cada centímetro de su piel sobre mi espalda y sobre mis piernas, sentí su aliento caliente sobre mi nuca y la mezcla de su dores enfriándose, y el lentísimo desinflarse de su verga. Después se levantó. Lo olí bañarse, pero no me moví en absoluto. El semen escurrió entre mis muslos. Después Néstor reapareció, ya vestido, impecable, cortés, energético. Se agachó al lado mío.

—¿Estás bien?

—Sí —dije, sonriéndole pero sin pararme.

—¿Querés que me quede? ¿Queras que hablemos, o algo?

—No.

—Eso pensé. Chau, David.

—Chau.

Fue hasta la puerta. Tenía que decirlo y lo dije.

—Gracias, Néstor.

Se volvió y se sonrió. Por lo que dijo entonces supe que podríamos haber sido amigos.

—De nada. Que tengas una feliz muerte.

Hasta que anocheció permanecí de bruces en la alfombra, con la mente en blanco, y espiando los últimos detalles del placer. Después sentí el fresco y temí que Malena regresara, de manera que me di una ducha, me vestí y me fui.

Como en todo hay una coherencia, aunque sea secreta, al llegar a casa hice algo que tenía decidido pero que, un poco a la distraída, había ido aplazando: que mar mis papeles personales. En realidad no eran tantos: unas veinte libretas y cuadernos, y, sobre todo, la chanchita. Por un momento pensé en incluir en la quema estos mismos apuntes. Naturalmente, de éste mi último yo, no puedo abdicar todavía. Bajé al sótano y metí todo en el incinerador de la basura sin releer una línea. Demasiado tarde para armar rompecabezas. En pocos minutos miles de ideas, ocurrencias, reflexiones, imágenes, proyectos, regresaron a la nada. Centenares de horas a lo largo de décadas, varios kilovatios en términos de actividad cerebral y todo el tinglado de mi persona sostenido en la máquina de mi yo pensante, vacilaron un instante, ya devorados por las llamas y antes de derrumbarse convertidos en cenizas. Observando el holocausto, todas las formas de mi caligrafía (la tranquila y la irritada, la pensativa y la apresurada, la sensual y la reflexiva, la exaltada y la vencida) giraron vertiginosa mente en mi mente hasta convertirse en una sola mancha indescifrable, un maelström jeroglífico que se re concentró después hasta súbitamente desaparecer como devorado por el golpe de agua de una letrina.

Releo todo lo escrito hoy. “Búsqueda sistemática del placer”. Eso sí que es exagerar. Siempre esa necesidad (no sólo en mí, es un tic de todos) de explicar, de justificar, de no ser *sospechoso*. En este caso no ser sospechoso, ¿de qué? ¿de ser homosexual por tener sexo con un hombre, o con hombres, dado el caso? Absurdo. ¿Homosexualidad? ¿Qué demonios es eso y a quién demonios le importa? Somos perros de Pavlov tratando de alcanzar o evitar casilleros. El verdadero poder reside en las palabras puesto que a sus arbitrarias implicaciones tratamos de ajustamos o no ajustamos: como en *El sirviente* de Pinter, debieran de ser nuestro instrumento y acaban dirigiendo nuestra conducta. El verdadero laberinto es la estupidez humana.

X. Fragmentos de eternidad

La noche del domingo al lunes soñé que Malena y mis hermanos me perseguían hasta el fin del mundo —que resultaba ser un lugar plano, blanco y vacío, como una salina infinita. Querían traerme a morir con ellos, entre ellos. Alguien tenía un trapo blanco que yo sabía que era una camisa de fuerza. Querían verme morir, no querían perderse mi muerte, no querían que yo pudiera ocultarles mi morir. Huyendo, frenado y agotado por el incesante viento contrario que ni me dejaba llenar de aire los pulmones ¡yo recordaba la escena del pudor ante la muerte de Sólo los ángeles tienen alas y trataba de explicársela a mis perseguidores!

No fui a ver a Malena la semana siguiente. Simplemente no quise cargar con lo que en ella hubiera removido mi experiencia con Néstor, de la que sin duda por razones de elemental lealtad, estaría ya informada.

A mediados de semana apareció el primero de los signos del comienzo del final. Desperté una mañana y estaba allí, antes de tiempo, por cierto. Cada mañana lo he espiado un poco a la distraída, como si no fuera a sorprenderme que un día ya no estuviera, pero ahí sigue estando. De manera que, sin prisas, siguiendo el plan, he comenzado el avituallamiento para el viaje.

El lunes siguiente me llamó Malena.

—Creí que ya te habías ido —me reprochó con voz angustiada. No respondí.

—No seas malo conmigo —suplicó bajando la voz para que no la oyeran.

Le pregunté entonces lo que creo que ella esperaba que le preguntara.

—¿Te decepcioné?

—¿Decepcionarme? ¿Por qué?

—Néstor te habrá contado.

—Sí me contó.

Hubo un silencio.

—Tu placer es mi placer, David. Tu plenitud es mi plenitud. Tu muerte es mi muerte.

—Sin exagerar, Malena —dije por decir algo ya que no podía decir lo mismo.

—Quisiera que vinieras hasta aquí.

—Me molestaría encontrarme con este muchacho, Malena. Mañana es martes y nos vemos en tu casa.

—Néstor trabaja dos pisos más arriba. Te pido que vengas canco minutos.

—No tengo ganas de hablar. —No es para hablar.

Fui. El cubículo de Malena está en el centro de un laberinto de cubículos con paredes y puertas de madera prensada y sin techo. Malena le dijo a su ayudante que no le pasara llamadas, entramos y cerró la puerta.

—Después de que vos te vayas yo voy a seguir trabajando aquí, de manera que lo que quiero es que bendigamos este lugar con tu semen.

Sonreí. Miré en derredor. Una biblioteca de leyes y decretos, un archivero gris, un escritorio con un sillón y dos sillas, una foto mía encima del escritorio. Me imaginé soltando gotas de semen en cada cosa, como un perro que suelta chorritos de orina en los extremos de su territorio.

—Hablo en serio, David. Una vez por semana pienso cerrar la puerta y masturbarme recordando lo que vamos a hacer ahora.

La imaginé piernabierta en su sillón masturbándose, con los ojos fijos en su imagen reflejada en la pantalla apagada de la computadora y la mente llena con la pantalla del recuerdo. Atroz. Realmente no es ésa la sobrevida en la memoria que uno espera dejar detrás. Pero en fin, cada

uno carga con su destino. Puedo imaginar mejores pero también peores sobrevidas.

Malena se arrodilló a mis pies, bajó el cierre de la bragueta y sacó la verga. Se puso a chuparla y lamerla ansiosamente. Yo no tenía ganas de coger. O más bien, no ve nía mentalmente preparado para coger. Soy un animal de rutinas. Pero supe que no me negaría en absoluto a su capricho, ni siquiera con la excusa a mano de la extravagancia. Por primera vez sentí que ella tenía un *derecho* sobre mi cuerpo, un derecho a ponerme duro y a darse gusto hasta ordeñarme. Vagamente pensé que aquello era real mente, más allá de los papeles, un matrimonio. Por primera vez la miré masajearme el miembro con ahínco *con la mirada con que se mira a la esposa*. Me shockeó la sorpresa de esta mirada nueva y estuve a punto de reírme. “Absurdo”, pensé, y radicalmente relajado y entregado, la dejé hacer. Al mordisquear el tallo la erección se completó rápidamente. Apoyé las nalgas en el borde del escritorio. No iba a tardar mucho en liquidarme con semejantes ímpetus. De pronto se detuvo y se paró.

—Estoy imbécil. Me olvidaba —dijo y fue hacia el archivero. Hizo a un lado una caja de cartón que ocultaba una cámara de fotos instalada sobre un pequeño trípode y apuntando hacia el escritorio. Tomó el disparador a distancia de la cámara y me lo dio.

—Vos sacas las fotos —dijo y volvió a arrodillarse y a ocuparse de mi verga.

Miré la cámara. Imaginé el resultado.

—Se va a ver feo y pornográfico, Malena.

—Vos y yo cogiendo —empezó a decir, dándose pausas para lamer y chupar— fijados para la kodaketerinidad en cada uno de los instantes en que tu adorado dedo decida, no puede ser pornográfico, idiota —torció la cabeza para llenarse la boca con un huevo y después con el otro—. Más bien va a verse como un paraíso perdido.

Imaginé a Malena construyendo en un rincón secreto de su apartamento un altar con las fotos enmarcadas y con floreros con flores renovadas dos veces por semana. Imaginé el ritual nocturno de ofrenda orgásmica. Me mareó la contradicción entre el deseo de ser endiosado, de ser dueño de un fragmento de vida desde más allá de la muerte, y el rechazo de la enfermedad sin atenuantes, del deseo ya imposible corroyendo la vida de Malena. Pero una vez más sentí como un nudo sólido su derecho sobre mi cuerpo, que era, naturalmente, además, un derecho sobre mi cuerpo en tanto imagen.

—Lame con toda la lengua —le pedí, instalándome en la idea.

Sacó toda la lengua y subió muy lentamente con la la mida partiendo de bien abajo. Presioné el botón del disparador y oímos el chasquido discretísimo.

Del deslizamiento ocurrido en la mecánica de nuestra relación deja testimonio —uno más— lo que sigue. Mi lengua soltó sin censura —es más, sin el menor temor por las consecuencias— lo que para mi sorpresa produjo algún rincón inaccesible de mi mente.

—Así que esto es lo que haces en la oficina: chupar vergas —dije con fruición despectiva.

Malena soltó la presa y me miró a los ojos, furiosa. Pero comprendió instantáneamente lo que yo no, y haciendo con los labios un gesto putañesco de invitación a la oralidad los puso coronando el tajito, como si fuera a sorber.

—No hay nadie que me lo pida y no lo consiga —ronroneó—. Pero de todos al que prefiero es al ascensorista. ¿Lo viste?

Recordé al ascensorista, un negro del que pensé que con semejantes espaldas estaba muy fuera de puesto tecleando en la botonera del ascensor, aunque más no fuera porque ocupaba demasiado espacio.

Le empujé la cabeza hacia abajo hasta que se tragó el tallo entero y saqué otra foto, Malena se desclavó medio sofocada y reprimió las arcadas que le provocó la profundidad de la estocada,

—La leche de Celso no es tan rica como la tuya —dijo mientras se paraba y se bajaba el calzón hasta las rodillas sin dejar de masajearme suavemente—. Pero créeme que es mucho

más abundante. Me llena tanto la boca que pue do hacer gárgaras con ella —se levantó la falda hasta la cintura y se apoyó en el escritorio dándome la espalda e inclinándose hacia adelante.

—Ahora métemela —dijo por encima del hombro con una ondulación invitante de caderas.

Miré las nalgas, el ojal castaño bien expuesto, el valle hirsuto. Fui irónico conmigo mismo y con ambos.

—¿Dónde?

—Donde quieras, David. Me puse vaselina atrás.

Garrote en mano me deleité morosamente en la contemplación de la doble ofrenda.

—Podría llegar a amarte, Malena.

—Eso intento —dijo y pasando una mano entre sus piernas se acarició el borde del ojal y el monte de Venus—. Pero después hablamos. Ahora métemela.

La hundí en la vagina, que estaba literalmente anegada. Creo que nunca sentí estremecerse tan hondamente su cuerpo como en ese momento.

—Dios mío, David —susurró comenzando un culeo suave y profundo. Cuando no apareciste pensé que ya te habías ido.

—Faltaba este polvo, Malena —dije, tomándola de los hombros y topando a fondo.

—Saca una foto —dijo, haciendo hacia atrás sus manos para tomarme de las caderas y apretarme contra su cuerpo.

Lo hice. Después me afirmé y empecé a topar en serio. El escritorio, uno de cuyos lados estaba cerca de la pared terminó por apoyarse en ella, de modo que cada embestida resonaba en toda la estructura de madera prensada del cubículo. Me entredetuve.

—Seguí. No me importa que sepan que estamos cogiendo. Es lo que quiero. Quiero que sepan que soy tu hembra y tu puta y todo lo que quieras que sea

Apenas acabó de hablar se vino con un bramido sordo pero suficientemente fuerte como para sortear la divisoria y por encima o por debajo del parloteo y del chirrido de las impresoras, llegar hasta el ascensor, por lo menos. Era realmente imposible que afuera no hubieran descifrado el significado de nuestros ruidos, pero, tal como a ella, me importó un carajo. Le metí el índice en el culo. Era cierto, tenía vaselina.

—Ese es tuyo, David, nadie lo usó —dijo con voz de final de orgasmo, y tan suavemente como pudo, agregó—: te lo doy si me decís “te amo”.

No dije nada, me hizo un nudo en la garganta la necesidad que nunca me había revelado que tenía de oír las palabras mágicas, y me hizo otro nudo —pero esté de ternura— en la garganta la argucia pueril de cambiármelas por un viaje recto adentro. Y quizá en ese mismo momento de nudo en la garganta fue que asumí por primera vez con nitidez lo que Malena era respecto a mí: sencillamente alguien que no podría negarme nada. Saqué la verga de la vagina y apoyé blandamente la punta sobre el ojal. Empujé y de una vez introduje hasta la mitad. Malena no pudo reprimir un grito de dolor. Entonces se lo dije, tan convincentemente como pude:

—Te amo, Malena.

—Yo te amo, David. Rómpemelo, rómpeme el culo, déjamelos abiertos y sangrando, mátame —y todo en su voz me dijo que no estaba hablando por ponerle música a los hechos, que *quería* que la rompiera, que la rajara, que la matara, que la dejara marcada para siempre, que le hablaba a mi verga con el mismo íntimo mímico con que le hablaríamos al puñal que anida bien adentro nuestro para dormirmos para siempre.

Aferrándome otra vez de sus hombros le di veinte puntazos crueles, desconsiderados, sintiéndome vaga mente feliz de que no tenga fondo el culo, y después me detuve, en éxtasis, flotando, a punto de acabar, y me retiré hasta sólo dejar la cabeza dentro y saqué otra foto a la vez que le dije, sorpresivamente —aunque creo que ya sólo sorpresivamente para mí— y brutalmente soez:

—Pero esto no es nuevo para vos, Malena. Ya tenías el culo roto.

—Fue el negro del ascensor —dijo enterrándose el puñal a fondo y culeándolo y acabando otra vez—. En ésta misma mesa...

Acabé como nunca, con una mezcla de lucidez y muerte y desgarró y final, y como si desde dentro del culo de Malena una mano saliera y me agarrara los huevos y la verga y los exprimiera y los tironeara para arrancarlos y quedárselos.

Unos minutos después salí del cubículo dejando a Malena hundida en su sillón, como anestesiada, perfecta mente borracha de amor, sexo y muerte. Al cruzar el laberinto comprendí a fondo el otro lado de la invitación de Malena. Todo el mundo, por supuesto, me miraba. Casi diré que se hizo un gran silencio a mi paso. Casi diré que esperaba que me aplaudieran. Lo hubieran hecho si les hubiera dado pie con una sonrisa adecuada. Imaginé el placer con el que Malena encararía luego a esta gente que representaba su mundo cotidiano, satisfecha de haberles exhibido, en pleno descontrol amoroso, a su macho muy amado. Caminé hacia la salida muy orondo, echando el pubis muy por delante, como si llevara delante de mí una gran verga enhiesta por emblema y estandarte maleniano.

XI. Emblemata

Soñé mi epitafio: “soy todo y todo está en mí”. Un sueño de consolación obviamente spinoziana. En todo caso este epitafio, que nadie labrará puesto que no habrá lápida, lo hubiera preferido para lema de vida. En el sueño, donde también estaba por morirme, me instalaba para despedirme en casa —sé que es un caserón de pueblo chico— de no sé quién, almacenero, de profesión. Calor y penumbra, un moscardón golpeando contra el vidrio de la ventana, sonoros pisos de madera, recovecos con escaleras ocultas, olor a especies y a embutidos. ¿Viene todo esto de mi memoria personal o de algún doble fondo? ¿El doble fondo Bruno Schultz? Lo cierto es que la angustia y la compasión de esa gente —el almacenero, su mujer, sus hijas, gente simplona y un poco tonta— aunque trataban de ocultarlas, pesaban en el sueño como una melcocha asfixiante. Ya en el sueño mismo estaba contento de que la melcocha pesadillesca fuera sólo un sueño y de haberme reservado mi muerte para mí en la realidad.

Recuerdo ahora un apunte de hace unos meses —perecido en el holocausto— a propósito de mis sueños. Constataba ahí que: 1) a menudo soy consciente en el sueño de que la secuencia de imágenes respeta las reglas gramaticales de la prosa cinematográfica, o incluso imita estilos de puesta en escena. Ese almacenero pueblerino y su familia ¿de dónde saldrían sino de los tics del cine costumbrista español o mexicano, con los que alguna vez me castigué? 2) También me sucede que mi simbología onírica privada (lo digo así, pomposamente, como si la cosa fuera catalogable, inventariable, codificable, o algo) se entrelace con simbologías, atmósferas o simples motivos que reconozco procedentes de lecturas profundas de fin de la adolescencia (Lezama, Schultz, Gombrowicz, Ross Me Donald). El sueño de anoche ejemplifica perfectamente ambas constataciones.

Una constatación más: alcanzaban dos renglones para contar un sueño, pero me llevó más de dos docenas. ¿Por qué? Por esa necesidad (ojo, no digo de adornar sino) de contextualizar, apuntalar, subrayar, interlinear, agotar por lo menos a nivel de sugerencia las implicaciones, posibilidades y derivaciones del mínimo fragmento diegético en el que incurramos, necesidad de *galaxiar*, de mapear hasta donde se pueda atracciones y rechazos, asociaciones y exclusiones, que es uno de los signos básicos de la escritura en nuestro tiempo y que está en el origen, por ejemplo, de la estructura de *Rayuela*. Claro está que Cortázar camufla esta impotencia de acceder a la felicidad diegética (a la *magia* diegética) con los prestigios —herederos del puzzle— de la obra abierta. *Pero ¿qué estoy haciendo? A punto de morirme escribo como un profesor de literatura que prepara su clase de mañana. ¿Por qué no puedo enfrentar de una vez el tema de que me muero? Escribo para eso. Para atrapar la cara, la sombra, la silueta, lo que sea de la muerte-muerte. ¿Para qué si no? Escribo para vengarme dejando estampada a mi asesina en plena siniestra obra, como quien pincha una peluda y fea mariposa nocturna en un cartón, para escarnio y befa de mis otros yo que no se mueren todavía. ¿Para qué si no? Entonces ¿por qué no me dedico a eso? Porque Malena no me deja. Porque Malena no me deja caer hacia mi muerte, iba a decir. Y hubiera sido cierto.*

Ya camino de Pocitos, una constatación más al pasar —anotada en un klínex del auto (es decir, de la camioneta) durante un semáforo: ni la ciudad me parece mejor, ni la gente me parece mejor, ni la vida misma en general me parece mejor ahora que mi muerte está ahí nomás. No ha cambiado mi valoración intelectual objetiva del mundo. Todo sigue siendo lo que hace tiempo decidí que es, gracias a Dios. Zonas de mí ser están cambiando pero el cambio es bueno: no consiste en echar todo por la borda y en perder todas las referencias sino en

hacerme fuerte, en crecer a partir de lo ya construido.

La puerta del apartamento de Malena estaba entornada. Sin duda otra sorpresa. ¿Ahora qué? Entrando y cerrando muy suavemente la puerta traté —como en un juego de ajedrez, es decir, en una guerra— traté de pre ver el nuevo movimiento de Malena. Vi que disponía de dos caminos para adivinar. Uno: tratar de recordar qué pista pude haberle dado yo inadvertidamente para responder a lo cual habrá montado la sorpresa, como sucedió en las sorpresas anteriores. Dos: a partir de la dinámica de sus invenciones tratar de calcular en qué casillero de la rayuela iría a caer esta vez la piedra. Y acerté. No recordando, porque ya enfilado por el corredor hacia el dormitorio no había tiempo para echar a andar la máquina de la memoria. Si por el cálculo de dinámica, porque este cálculo se disolvió rápidamente en la instantánea de la intuición. Y por este segundo camino no era difícil acertar: las invenciones de Malena en sus saltos radicalmente cualitativos revelaban un perfil impecablemente sistemático. Por lo demás, con un par de minutos para recordar hubiera detectado con igual facilidad la pista que le di en su oficina.

Malena está recostada en el centro de su cama entre dos muchachones ceñudos, musculosos, insolentes, uno rubio de pelo muy corto, el otro moreno y con el pelo largo y recogido detrás. Los tres están desnudos y Malena tiene en cada mano una verga semierecta.

—Buenas tardes, señor. Como siempre, llega puntual —dice. Malena segura y sonriente. Sepa el diablo cómo esta tan segura de lo que está haciendo. Los dos lúmpenes —porque a tal huelen desde lejos— también han sonreído, desdeñosos, sin desnublarse sus frentes.

—Ocupe su butaca —me dice Malena dueña de la iniciativa y ejerciéndola con premeditación y señorío. En efecto, a los pies de la cama hay una butaca y una mesita sobre la cual hay una botella de whisky, un cubo con hielo, un vaso, y, escandalosamente, un caja de klinex. Me siento. Por un instante creo que la mirada de Malena me dice algo, o quizá me interroga, pero sus manos no dejan de sobar suavemente las vergas para mantenerlas en forma. El aire de concentración en su mirada no es sino el embotamiento de la lujuria.

Me pasa como a cualquiera: hay días que proyecto cualquier banalidad en un nivel simbólico. En mi mente el *cuadro de presentación* que me ofrecen muta de pronto en una especie de figura emblemática: la diosa hembra (al centro) domina al mundo (machos rubio y moreno, norte y sur, noche y día, cielo y tierra) y se apropia de sus frutos (cada mano ordeña una cornucopia). Por un instante aluciné a Malena en un trono con las manos en los cuellos de dos panteras, una blanca y una negra, como en una estampita de Beardsley. Malena manda. Dirige el juego. ¿En algún momento el poder en sí mismo, o la transgresión en sí misma han pasado a ser su objeto? ¿O simplemente porque esta vez la situación es más difícil de bancar en términos de humillación o de celos empiezo a distorsionar el sentido —en sí pura, arriesgadamente auténtico— de un proceso que yo mismo he alimentado más o menos deliberadamente? A la mierda. Mil veces a la mierda. Basta de retórica y de palabras huecas.

Malena se incorpora y de rodillas me da la espalda. Al inclinarse para acercar su boca a los vientres poderosos sus pliegues se entreabren y me muestran la puerta de la vida y la puerta de la muerte. Chupa las vergas — buenas piezas: la rubia fina y larga, la morena corta y gruesa— meneándolas hasta endurecerlas completa mente.

Agarro la botella para servirme un whisky. Por un instante (¿debo escribirlo? Pero si no lo hago ¿qué sentido tienen estos papeles?) tuve el abyecto deseo de meterle el pico de la botella entre las piernas. Me contuve. Mis límites, por peculiares que sean están ahí, al acecho. Ahora tiemblo al pensar en lo que un gesto de tal desborde y de tal violencia pudo haber desencadenado en aquella encerrona.

—¿No te haces una pajita? —suelta, mimosa e impla cable por encima del hombro—. Mira esto —separa más las rodillas y la puertita rosada se abre dejándome ver el hueco dentro. Bebo

de un trago medio vaso largo sin apartar los ojos del huequito, que empieza a hacerme guiñadas cuando dos dedos de Malena, con su largo de uñas, su barniz rosado, sus lunas pronunciadas, asoman entre sus piernas y se ponen a frotar los labios y el vértice. El baño de alcohol me achicharra los sesos.

—Pensar que pudiste ser la madre de mis hijos —dije entonces, sin premeditación, como muñeco de ventrílocuo, sílaba por sílaba, con desprecio caricaturesco, como de telenovela, abriendo una vez más la puerta para ir a jugar a los sicodramas cochambrosos.

—¿Cuáles hijos? —respondió, perfectamente cruel, sacándose la vara larga de la boca para hablar.

—Nunca pensé que fueras tan puta, Malena.

(Escribí *pura* en vez de *puta*. Sonreí ante el lapsus significativo. Taché ¡y volví a equivocarme! ¡otra vez escribí *pura*! Dos veces se negó mi subconsciente a escribir la *í*, dos veces exigió la *r*, dos veces ordenó a mi mano rebelar se. Tuve que parar y dialogar con el necio y explicarle que estoy de acuerdo en la pureza de Malena —sólo desde la pureza se puede amar tan radicalmente como ella ama— y que sólo trato de consignar los hechos de esta tarde tal y cual ocurrieron).

—Todavía no viste nada —respondió, sacándose ahora la verga corta de la boca para lamerla. Los dos muñecotes, que gozaban distraídos, soltaron risas sordas con esta respuesta. Malena se inclinó más para meterse los huevos en la boca.

—¿Queras que te cuente lo que siento haciendo esto? Básicamente nada nuevo. Son vergas. Duras y elásticas, palpitantes y saltarinas, jugosas. Las miro y no puedo resistir el deseo de metérmelas en la boca —lo hace. Una y luego la otra. Hasta el fondo. Con los nudos encajados en la garganta sacude la cabeza, estremecida de gusto—. Las siento encabritarse dentro de mi boca y no puedo resistir el deseo de hacerles soltar el semen —las menea ahora, ambas a un tiempo, breve y furiosamente—. Me lo voy a tragar hasta la última gota —dice mirando a los patanes a los ojos—. Y además les veo las caras a estos crápulas ¿los ves? Les veo el gesto de desprecio. Para ellos soy de veras una puta arrastrada ¿verdad, lindo? —dice mirando al rubio y repitiéndole el meneo breve y brutal, sin más res puesta que una sonrisa y una mirada vacías, porque el tipo o bien no entiende nada o bien, encerrado en su animalidad, no le importa nada—, una puta arrastrada como sus madres y sus hermanas o probablemente ¿o me equivoco? —dice ahora dirigiéndose al otro y repitiéndole la dosis con idéntica respuesta—. Estos, David, van a usar me con saña y con desprecio, se van a dar el gusto vaciándose encima mío de todo el jugo que traigan, para sentir se mejores que yo, para sentirse poderosos, usadores y no usados, despreciadores y no despreciados, jodedores y no jodidos —vuelve a chuparlos, a lamerlos, se acaricia el pelo y el cuello con sus vergas—, y eso me da gusto, me da gusto ser esto para ellos, me da gusto ser la vaciadora de vergas, devoradora de semen, me da gusto ser esto si quiero porque sé que soy otra cosa.

—¿Qué cosa? —conseguí articular fascinado por el estallido de la supernova Malena.

—La que hace esto para vos, para que los límites de tu amor y tu deseo se derrumben una y otra vez y se reconstruyan cada vez más lejos hasta que llegues a no tener límites, a ser todo, a fundirte con todo y con el todo, que es lo que querés lograr antes de que te alcance la muerte ¿o no era eso?

¿Qué podía decir? ¿Qué mierda podía responder a semejante discurso? No tuve que hacerlo. Harto de cháchara el rubio me hurta el rosado tokonoma al arrodillarse detrás de Malena y tomarla por las caderas. La pronunciada curvatura de su larga cimitarra denuncia la variedad de sus gustos. Esta vez opta por el nácar. En el gemido de Malena, cuyas medidas conozco por demás, se mezcla el placer y el dolor, pero no esconde las nalgas. El rubio, gustador del *jay* ajeno, la hace cantar con la boca llena. Y bien llena, porque Malena es de boca chica, y el ancho

del moreno es anormal. La maldad concienzuda del rubio puso finalmente a saltar a mi verga, pero durante minutos estuve alerta por si pedía ayuda Malena. No lo hizo. Al contrario, hunde la cintura pidiendo más herida.

—¿Esto también es por mí, Malena? —pregunto, ávido de precisión, impertinente, aunque en realidad simplemente nostálgico de su discurso. Se saca la verga de la boca. Un hilo de baba queda como puente y brilla dorado en el sol oblicuo del atardecer.

—Por vos y por mí ¿o no te das cuenta? —consigue articular entre los suspiros y los ayes que le arranca el otro. Conozco a Malena: se encuentra ya en el punto desde el cual puede dejarse ir hacia el orgasmo.

El moreno se arrodilla delante de Malena. Con el índice y el pulgar anilla la base de su verga y con la mano izquierda toma del pelo a Malena exponiendo su mejilla izquierda. Con arte y experiencia utiliza su vara para fustigar desde los labios hasta la oreja. Malena cierra los ojos y comienza el orgasmo.

—Acábame en la cara —exige, pero sólo consigue volver a tener la boca llena y luego otra tanda de azotes. Fue entonces que me abrí la bragueta y saqué al aire la verga.

Me serví otro medio vaso. El rubio está acabando con puntazos asesinos y gruñidos de bestia. Después se separa y se derrumba sobre la cama. Trago el fuego líquido.

—Mostráme la leche, Malena —digo con la voz estrangulada por el fuego.

Malena, en pleno orgasmo gira, se acomoda y se abre cuanto puede. De puro gusto giran sus caderas y con cada rotación una gruesa lágrima de semen asoma en el hueco y luego baja por sus muslos. Empecé a masturbarme lentamente. El moreno es ahora el que me deja sin luna llena colocándose detrás de Malena. Gusta también de la ruta del nácar reavivando el orgasmo declinante de Malena, pero sólo por un momento. Saca de inmediato la vergota completamente bañada con la colada de su socio y apunta a su verdadero objetivo: la puerta trigueña. Supe de inmediato que con semejante diámetro esa lubricación no sería suficiente. Malena grita y se contrae. Hay un breve des concierto.

—David, en el botiquín del baño está la crema Nivea —dice entonces Malena con voz totalmente natural y sin levantar la frente de la sábana. Fui y al volver me dijo:

—Ponémela vos. Bastante, por dentro y por fuera.

Lo hago, metiendo completamente un dedo primero, luego dos. Siento el cuerpo de Malena, laxo, relajado, y al masajearla para expandir la crema vibra aún con las postrimerías de su orgasmo. Después fue que algo no funcionó de la manera previsible en mi cerebro: tomé la verga del patán y me puse a untarla con crema. Siento su electricidad y la masajeo bastante más de lo necesario, hasta que Malena me mira por encima del hombro y nuestros ojos se encuentran. Y entonces sucedió: alcanzamos lo que sólo puedo llamar *un orgasmo de mirada*. Siento que por un instante nos perdemos uno en el otro más allá de cualquier límite.

—Ponémela en el culo, mi amor —me susurra con voz hecha de seda y de caramelo.

Lo hago. Esta vez el palurdo toma a Malena de los hombros y de un riñonazo le hunde la verga entera. Malena gime de gusto y de dolor abriéndose cuanto puede. Yo vuelvo a mi butaca, me limpio con un klinex y retomo sin apuro la paja. Como era de esperar el patán no sabía de medias tintas. La saca hasta dejar dentro sólo la puntilla del prepucio y vuelve a hundirla hasta la raíz. El culo de Malena, abierto como una sandía de un hachazo, no volverá a ser el mismo. Aceleré la paja hasta que tuve la cabeza de la verga, brillante como el yelmo de Aquiles. Al centésimo topetazo vi que Malena se mordía el nudillo del índice hasta sacarse sangre. Aúlla como una condena da al despeñarse en un orgasmo arrasador. El palurdo suda a chorros y acelera la golphiza a punto de soltarse cuando una fuerza que tiene que ver más que con el deseo, con la simetría y el orden, me lanza hacia adelante. Con una mano empujo a Malena que se derrumba exánime sobre la cama y con la otra atrapo al coloso liberado. En el

mismo momento en que me la metí en la boca al dulzor de la crema y de la mierda vino a sumarse el del semen, en tal cantidad que si no me lo hubiera disparado directamente en la garganta me hubiera faltado boca para irlo tragando. No opuse resistencia a su mano en mi nuca durante los interminables estertores, y cuando sentí que la montaña de músculos empezaba a aflojarse empuñé la verga y le di tales sacudidas que el que aulló ahora fue el macaco cuando volvió a soltar goterones de semen, ésta vez sobre su vientre.

Malena me mira hacer con los párpados entornados y una sonrisa estúpida en los labios. Me acuerdo entonces de mi propia verga. Soy frío y soy lúcido, pero me sentía en ese momento frío y lúcido como nunca, y la verga me dolía de tan dura. Me arrodillé junto a los hombros de Malena y me masajé la verga tan lentamente como pude aferrando el tallo con toda la fuerza. Sin energía para más, Malena se limitó a sacar la lengua, como esperando in extremis la hostia. Separé bien las rodillas, apreté el culo y una única y gran explosión le bañó el rostro, pero el último cuajaron, que apareció exprimiendo una y otra vez desde la base y coronó por un momento el basalto rojo, pulido y brillante del glande, se lo deposité con esmero sobre el lecho de la lengua. Me miró un instante con cara de perro apaleado en éxtasis y después metió la lengua en la boca, cerró los ojos y quedó como muerta.

Los monos se vistieron sin aspavientos y sin decir palabra. Disciplinados. Probablemente eran prostitutas. Conociendo a Malena seguramente que de la agencia más seria del mercado. Tragué y tragué whisky del pico de la botella y se la pasé. Bebieron pero como por cumplido. Parecían como desinflados, vaciados de todo gestual rudo después del show. Se fueron casi sin saludar. Cerré la puerta y cuando volví al dormitorio Malena no estaba y se oía el agua de la ducha en el baño. Sentí que tenía que irme ya mismo. Que no me quedaba resto de espíritu para encarar aquello. Que necesitaba aunque más no fuera unas horas para digerirlo. Que seguramente Malena sentiría lo mismo. Si me hubiera quedado, en el estado de transparencia y vulnerabilidad espiritual en que estaba le hubiera dicho ya no que la amaba sino que ella era yo y yo era ella, que juntos éramos el andrógino perfecto. ¿Y es posible decir esto a la mujer que se va a abandonar para siempre en pocos días? ¿Sería hacerle el mayor bien o el mayor mal? Imposible decidirlo ahora. Opté pues por ceder a la absoluta urgencia de regresar a casa y escribir esta misma noche las cartas para mi familia. Me acerqué a la puerta entornada del baño y a través del espejo medio empañado vi a Malena sentada en el borde de la bañera higienizándose concienzudamente los orificios, muy curvada la espalda, casi mirándose dentro, en una pose casi simiesca. Sentí ganas de cogerla. Después de aquel aquelarre físico y mental estaba pronto para algo gimnástico, bien trabajado, eterno, y sobre todo, repleto de ternura. Pero sentí también que ahí seguía, trabada en el medio, la pelota de pelo, y no quise enfrentar el ejercicio de sacarla afuera. Escribí en un papelito “nos vemos el lunes” y me fui. Apenas llegué a casa he venido al cuaderno y he pasado quién sabe cuántas horas llenándolo de garabatos estiradísimos por la prisa, en un estado de felicidad y de facilidad que nunca antes había alcanzado escribiendo. Después de poner este punto (ese, seis palabras atrás), ya bastante borracho abrí al azar un libro que tomé al azar y que resultó ser un libro de aforismos de Canetti y leí: “Escribir hasta que, en la dicha de la escritura, uno deje de creer en su propia su propia desdicha”.

XII. Explicaciones

La carta más difícil de escribir fue la de mi sobrino. Es el único niño en la familia, tiene seis años y como buen tío solterón me encariñé a fuego con él. La fui dejando para el final pero me fui a dormir sin encontrar las palabras. Al despertar las encontré: simplemente una sarta de recomendaciones en torno a la obediencia a los padres y al máximo esfuerzo en la escuela. “El tío se va para un viaje muy, muy largo”. Punto. ¿Qué más? ¿Consejos para cuando sea grande? “Sé bueno, sé honrado, cultiva tu mente”. Basta.

El cálculo de enlatados para el viaje lo hice sobre la base de cuatro meses de camping. La expectativa es de seis meses de sobrevivencia a partir del primer síntoma, pero no voy a esperar a retorcerme de dolor y a arrastrarme por el piso como un gusano envenenado para poner el punto final. Las vituallas y el equipo los llevo de aquí, los precios en Argentina siguen por las nubes. Compré una carpa hermética de lona plástica impermeable, dos hachas de distinto tamaño y piedra de afilar. Pero en fin, no voy a reproducir aquí la lista interminable de preparativos que llevo en el bolsillo y que consulto a cada rato. Me llevo las artes de pesca, sin uso desde mi remota adolescencia, y la escopeta de caza de dos cañones que heredé del tío Manuel. Hace un par de días, en la calle, recogí un cuzquito, cachorro, muy cascoteado, cadavérico casi. Lo llevé a vacunar y le estoy dando inyecciones de calcio. Viene conmigo. Su vida me pertenece y le regalo de buena vida (medio quilo de hueso con carne por día) lo que yo dure.

El viernes al despertarme debutó puntualmente el segundo síntoma. Siempre tuve un organismo campeón en regularidad. A mediodía fui al consulado argentino y saqué la visa y los permisos para la camioneta y el equipo de caza: plazo de tres meses. A punto estuve de explicarle al funcionario que no pienso volver a salir de la Argentina, que pienso radicar lo mejor de mí en la estructura molecular de algún ciudadano pez argentino y disolver muy lentamente el resto inmasticable en el plancton de las aguas jurisdiccionales argentinas, y que tampoco mi camioneta está previsto que regrese a casa ya que, habiendo de pudrirse por décadas en el rincón más inhóspito de la Tierra del Fuego, aspira a convertirse en un interesante hallazgo arqueológico a fines del siglo XXI, eventualidad para la cual me comprometo a dejarla lo más arregladita y prolija que sea posible.

Me parece increíble que pronto bajaré por última vez la cortina metálica de mi comercio. ¿Cuántos miles de horas he pasado entre estas paredes y estos muebles? Me parece como si estos *puntos* —la orilla vertical izquierda de la vidriera, que vomita de continuo automóviles y pea tones, suerte de caleidoscopio fascinante; la *b* (que es mi letra preferida) del cartel de vinílico transparente con el horario de atención al público; la telaraña perfecta que no he querido tocar, allá arriba entre los topes de las dos estanterías más altas, que solo es iluminada claramente un par de veces al año, en verano, cuando algún sol casi rasante se digna rebotar en el cristal de un auto y alcanzarla por milagro; y la pata de león bellamente torneada que sostiene la mesa antigua que uso como expositor—, estos puntos en los que habitualmente se fija mi mirada para que en el paréntesis de la distracción mi fantasía se libere o mi máquina de pensar ate cabos al azar vertiginosamente, me parece como si todos estos puntos *míos*, confidentes de mis silencios, cuando ya no esté se fueran a poner a hablar de mí a gritos revelando todos mis secretos. Que lo hagan. No creo que encuentren a quien quiera saber de mis desvaríos.

Al hacerse la hora de visitar a Malena se me hizo agobiante el peso y la inercia de las explicaciones. Mentalmente ya no estoy aquí, pero era imposible partir sin una última entrevista, sin la seguridad de que, más allá de la metamorfosis que estuviera produciéndose en

su ser, el conjunto de la cosa le resultaría *viable*, por decirlo de alguna manera. Al subir en el ascensor deseé vagamente (repito que soy un animal de rutinas) que me esperara alguna nueva sorpresa, y traté de imaginarla, pero realmente nada me vino a la mente. No hubo sorpresa, no podía haberlas desde que era yo el que diseminaba las pistas que alimentaban sus iniciativas, y mi imaginación (mi deseo), por el momento al menos, está agotada. Malena abrió la puerta y su expresión era mustia y apagada, como de que intuía sin mayor margen de duda que había llegado el fin de los tiempos nuestros. A punto estuve de salir corriendo escaleras abajo.

Estaba recién bañada y aún en salida de baño. Me había estado esperando en el sillón de junto al ventanal, tejiendo. Recogió ahora las agujas y las madejas y las metió en una bolsa.

—Te tejí un sweater gordo. Mañana me levanto temprano, lo coso y te lo podes llevar.

Todo dicho. Tomamos el té como siempre, o sea, muy modosamente, preocupándonos por el punto justo de las tostadas y de la infusión, y relatándonos mutuamente en tono trivial los hechos de la semana, incluidos mis preparativos, se entiende, como si se tratara de una simple excursión de pesca. Pero cada vez que pasaba un ángel volvía a mugir en mis y en sus oídos el viento que no cesa nunca y volvían a sepultarme montañas de mar. “De mar, no de agua —pensé distraído—. Agua es lo que sale por las canillas”.

—Estoy orgullosa de que no te hayas entregado a la autocompasión —soltó finalmente— y de que no hayas aceptado morir entubado y cableado en un moridera.

—Todavía puedo arrepentirme. ¿Lo preferirías?

Malena cazó al vuelo el trasfondo de mi pregunta y qué respuesta necesitaba.

—No, no lo preferiría —dijo midiendo las palabras—, pero igual estaría orgullosa —concluyó apelando al recurso supremo de la contradicción.

Hablábamos ya desmadejados en los sillones de la sala. Sentí claramente nuestro deseo absoluto de ser auténticos y a la vez de cuidar cada palabra que dijéramos, en la conciencia total de que, palabra por palabra, nos acercábamos a la última. Cualquier malentendido por mínimo que fuera podía, en ese futuro hoy aún si pero mañana ya no controlable, hipertrofiarse con saña incontenible hasta devorar esta pureza con que sorpresivamente habíamos sido capaces de amarnos. El resultado era que curiosa y casi cómicamente, cada fórmula que intercambiábamos ceremoniosamente rozaba casi lo solemne.

—¿Cuál es tu reflexión final acerca de la vida? —me preguntaba Malena.

—El hombre es un águila —le aseguraba yo con parsimonia—. Pero un águila de papel, caña y engrudo. Puede alzarse hacia el cielo en medio de los vientos, pero un piolín acaba por regresarlo siempre a tierra.

—Es cierto —me confirmaba Malena hundiendo apenas la comisura de los labios y cabeceando despacito.

Terminé por ir al grano. Si no quería hablarlo que lo dijera y no que quedara un agujero negro ad aeternum y por mi culpa.

—Me gustaría saber, según vos, por qué pasó todo esto —pregunté.

—No lo sé. Me dejé siempre llevar por intuiciones, por impulsos. No hubo libreto ni teoría.

—Pero si no estuviera mi muerte ahí delante, no hubieras actuado así.

—Es probable que, lamentablemente, no.

—¿Por qué lamentablemente?

—Porque ahora pienso que así es como se debe vivir, aunque la muerte no esté a la vuelta de la esquina sino quilómetros más adelante.

Sin quererlo, queriendo homenajear y valorar lo que habíamos vivido, me estaba diciendo que así viviría en adelante. Me dolió entrever un fragmento nítido, concreto, real de antemano, de su futuro. Tragué, digerí y cambié de tema.

—Y ahora ¿qué sentís?

—No sé. A la vez me siento agotada y vacía y siento que *te devoré*, y que, por consiguiente, aunque te vayas, ya no te vas. Aunque en el fondo, una sola cosa me preocupa. Saber si me querés más que antes.

—Sí lo hago —dije.

—Eso me alcanza.

Sentí que me temblaban apenas los labios.

—Fue hermoso, raro y fugaz como una aurora lunar —murmuré inspirado, tratando de diluir con unas gotas de ironía el avance de la emoción.

—Vení aquí —susurró Malena.

Me paré frente a ella, que se despegó del respaldo del sillón para abrirme la bragueta. El deseo estaba anestesiado y los cuerpos sin savia, pero era mejor un espasmo cualquiera y no el desfiladero de las palabras. Punto final. Una vez más ella tenía razón. Para concluir las palabras, para enmudecerse, se metió en la boca la verga dormida y la acunó sobre la lengua mamándola blandamente. Le acaricié el pelo, las orejas, el cuello. Cerré los ojos para llevarme en los dedos, como un escultor, las líneas de su rostro. Me detuve largamente en la fina línea de los labios avanzado y replegándose en torno y a lo largo de mi verga, despertando lentamente mis mareas. Cuando la tuvo a medias cabeceando empezó una paja hábil y delicada. Yo la miraba hacer desde lejos, desde la azotea, desde la luna. Consiguió una especie de rigidez flaca, exánime, cadavérica. Blandamente me dejé ganar por la lujuria y dije, por supuesto, lo que por sobre todas las cosas nunca hubiera querido ni debido decir pero que resultó lo justo y necesario:

—Vas a estar de duelo por mí por un tiempo, pero un día el luto se va a acabar y vas a volver a chupar vergas y a recibirlas por el culo.

Estaba lamiendo el glande. Suspendió y me miró.

—Todas las vergas que use y me usen van a ser la tuya, David. Siempre voy a estar cogiendo contigo.

Volvió a metérsela en la boca y después inició el me neo final. Dejé que la cosquilla subiera por el tallo, sin dilatorias, y cuando estuve a punto me limité a decir apenas:

—Acabo, Malena.

Chupó, masajé, exprimió con la delicadeza con que se trata a un enfermo o a un niño. Cuando no quedó una gota devolvió a la agasajada a la intemperie, semierecta todavía, y simplemente empezó otra paja. Pensé en pro testar, pero me callé. Entendí. Así tenía que ser y así sería, me dejé ir en la fantasía y el ritual que era la última sor presa de Malena: matar el deseo, arrasarlo, quemarlo, secarlo hasta la raíz y tapiar su fuente, para que la separación duela menos. Babeó en la cima del glande y cambió de mano una y otra vez, metió una mano entre mis piernas y presionó en la inserción de la raíz, se abrió la bata —nada tenía debajo— lubricó dos dedos en su vagina —creí que iba a masturbarse— y me los metió en el culo, acunó los huevos en la boca y los masajé con los labios, mordisqueó el tallo todo a lo largo y cuando la tuvo dura sorbió con fuerza en el tajito haciéndome temblar hasta los dientes. Después se la metió tan a fondo en la garganta que el apéndice rosado de su campanilla se introdujo en la boquita abierta ya para disparar el semen. ¡Me estaba cogiendo por el agujero de la verga! Sorprendida y fascinada, sin desclavarse, levantó apenas la cabeza para mirarme a los ojos. Nos mirábamos desde más allá de los ojos. Estábamos más allá del orgasmo de mirada. Porque David y Malena habían quedado allá atrás, perfectos en su acople perfecto, milagrosamente en equilibrio sobre la cresta de su vibración y su palpitir más tenues, rodeados, elevados, redimidos, vaciados y purificados por éste Ser inmaterial y luminoso que han parido in extremis, y que es sueño, meta, remate, y disolución final de todos los sentidos en la plenitud de la nada, y que ha hecho de nosotros uno por siempre jamás y pase lo que pase. Malena dio

unos empujoncitos con su cabeza clavando y desclavando una y otra vez su verguita en mi orificio, y entonces sí, finalmente se me contrajeron los músculos del vientre hasta el calambre y cerré los ojos y gemí como sólo ha bía gemido meado en la cuna. Derramé el primer goterón de semen sobre su verguita y comprendió que era el final del final. Se desclavó y remató la paja con toda la fuerza de su mano. El producto fue pobre, pero lo recogió como si fueran perlas.

—Sentáte —dijo parándose, cosa que agradecí porque sentía de algodón los muslos, aunque hubiera aceptado que recomenzara una y otra vez hasta que saliera sangre solamente. Abrió las piernas, tomó mi mano y la puso bajo el vallón caliente. Le abrí los labios del sexo con el dedo medio y recorrí con dos dedos, lánguidamente, el canal anegado, aunque fueron tres los dedos que se abrieron paso en la cuevita. Sorprendí la tristeza mortal en su mirada y ella la muerte a secas en la mía. Le masajé y le pellizqué el clítoris y sus caderas rotaron lentamente. Dejé el pulgar sobre el clítoris, el índice y el medio en la vagina y le metí el anular en el culo. Entonces moví todos los de dos a la vez, con saña, y la sentí tambalearse. Se inclinó para apoyar una mano en el respaldo del sillón junto a mi cabeza. Abrió más las piernas y sentí que aflojaba más los orificios.

—Otra vez —sopló en mi oído con un hilo de voz.

Repetí la dosis con la saña obscena de un patán que goza humillando y ultrajando a la puta que paga. Malena juntó los muslos atrapándome la mano y acabó con un ge mido que terminó en llanto seco y en una mirada perfectamente demente y vacía. Finalmente volvió a abrir las piernas y rescaté mis dedos, pero siguió parada frente a mí. Tensa como la aguda de un violín, desencajada la mandíbula, peló los dientes y se acarició los pechos a me nos llenas, se retorció los pezones y los juntó ofreciéndomelos con un gesto que en cualquier otra ocasión hubiera gozado como festivamente vulgar y lascivo, pero que en ese momento significó que estaba dispuesta a cercenárselos y dárme los para que me acompañaran en mi descenso a la nada. Temí que me pidiera que me cortara la verga y se la dejara en un frasco con formol, porque lo hubiera hecho.

—Más —dijo, ronca—, hacéme otra.

Empecé despacio. El brazo me pesaba. Toqué, hurgué, penetré, retorcí en todas partes hasta que la fatigada magia regresó y conseguimos un punto de ignición cuando Malena comenzó a menear las caderas adelante y atrás de modo tal que la lengüita rosada se deslizaba una y otra vez sobre el dorso inmóvil de mi dedo índice. Sólo en ese punto nos tocábamos, por momentos con violencia, rozando apenas después. Malena se inclinó hacia adelante y me ofreció un pecho sobre la palma de la mano.

—Lamelo —susurró jadeando, sin cejar en el vaivén de las caderas.

Lo hice. Lamí y chupé. Malena apretó los dientes y me los mostró otra vez al acercarse al orgasmo. Chillaba finito.

—Mordélo —chilló al borde del abismo.

No era cualquier “mordélo”. Era un serio. Mordí como para que le doliera y a la vez atrapé su cintura con la mano izquierda y con el pulgar y el índice de la derecha le atenacé y retorcí el clítoris. Sentí que se abandonaba por completo a la violencia y al dolor temblando y sacudiéndose hasta que los chillidos terminaron en una risa histérica que sólo se calmó cuando le atraje sobre mí para apretarla, acurrucarla y mecerla contra mi pecho. Para cuando recuperamos el aliento, la calma y la conciencia había anochecido. Malena se separó un poco para mirar me a los ojos. Una sonrisa torcida le bailó en los labios.

—¿Sabes cómo se llama este jueguito? —ronroneó.

—¿Cómo?

—Masturbacadáveres.

XIII. La muerte y la brújula

Finalmente hoy martes crucé el río en el ferry de mediodía. Me instalé en un hotelito de Lavalle y salí a comprar unos prismáticos y una brújula. Por consejo del óptico llegué hasta el Instituto Geográfico Militar donde adquirí un Atlas de la Argentina de gran tamaño (excesivo realmente, prácticamente inutilizable a no ser sobre una mesa con declive, especialmente diseñada, que debieran de vender junto con el Atlas), detalle impresionante (con la ayuda de una lupa se puede ver los pingüinos) y muy reciente confección (ostenta una fecha del año que viene). Realmente algo para consultar cuando uno está muy pero muy perdido. Un mapa casi del tamaño del territorio que describe. Con maquetitas simulando las casas y muñequitos simulando la gente. Por ejemplo, éste muñequito que se ve a través de la ventanita de esta maqueta, éste muñequito me reproduce recostado desnudo sobre esta cama de éste hotel/maqueta al que no le falta detalle (el ascensor tranqueteante, los corredores sombríos, las fotos de paisajes suizos y egipcios en las paredes, mucho más abajo el sótano inundado y lleno de ratas). Me reproduce incluso en la expresión distraída con que le pone una cadenita a la brújula mientras compara de reojo la información de carreteras del Atlas con la de la Guía Texaco hasta que se abstrae en la contemplación del frondoso detalle del mapa militar con las maquetitas plegables de los edificios, idénticas a los originales hasta por dentro. Maquetitas, muñequitos... bien se ve que mi imaginación se quedó allá por el Loews *Solus*. Aunque no es tan así: esta fantasía de un mapa tan *penetrable* que se acabe por aterrizar en él es de las preferidas en el reino de la imagen electrónica, se *realiza* con facilidad con un buen ordenador equipado para diseño gráfico, como en los Atlas Satelitales, en los que una imagen comienza fuera de la atmósfera y avanza electrovertiginosamente hasta finalizar en el fondo del océano siguiendo a una misteriosa procesión de cangrejos. Otra utilidad posible para este Atlas digno de un Atlas sería como techo a dos aguas que sirviera de soporte a la lona de una carpa. Por la noche me dormiría recorriendo con la mirada la maraña de ríos, carreteras, cerros y montañas, pueblitos, ombúes solitarios, vacas perdidas, etnias en extinción y últimos cóndores, como un gran emperador vigilando sus reinos de papel.

Recuerdo ahora que en algún bolsillo de algún bolso o valija metí el mapa turístico de Argentina que mamá y papá utilizaron en su viaje de luna de miel a Bariloche. (Recién ahora me cae el veinte: alguna vez hace mil años mamá me dijo que fui concebido en la luna de miel; este viaje al sur hacia mi muerte ¿no es en realidad un sicodrama del regreso al útero? Menuda pregunta. Debiera de corregir el rumbo y sentar plaza —o tumba— en Bariloche). Me da por extender también este mapa sobre la cama pero cuando encuentro el bolsillo en cuestión resulta que, por distracción, en vez del mapa guardé el libro que estaba a su lado en la biblioteca y que resulta ser una novelita de Amo Schmidt. Al hojearla al azar pongo en marcha la máquina de las coincidencias. “Luego la lupa —dice Arno— y debajo de la lupa el mapa en la escala 1:100.000; los delgados trazos cortados indicaban las eminencias y montes que serpenteaban a través de los bosques; cada uno de los puntitos negros representaba una casa (y alrededor había vacas que mugían, vidrios que centelleaban al sol); marcado con verde aparecía el cerco que rodeaba la casa; con los dedos crispados, la mandíbula tensa y animado de ardiente deseo me dije: ¡Es necesario que pueda ver cada una de estas casas! ¡Y describir cada detalle de sus techos!”. ¡Y en el 1953 del bueno de Arno no había diseño gráfico con ordenadores que infiltrara sus fantasías, detalle que hace la diferencia ¿no no? ¿o alguien aún antes soñó también así sus mapas? Sería ca paz de pasarme meses y meses de biblioteca en biblioteca para averiguarlo. De seguro que le encontraría prosapia a la fantasía en cuestión. (Swift, por

ejemplo, hubiera sido capaz de encontrar mapas poblados por superliliputienses). Es que, precisamente, me da la impresión de que la fantasía *natural* del mapeo debe ser la del mapa tan infinitamente detallado que se confunda con el territorio que representa. Sigo hojeando al azar: unas páginas más adelante constato que también Amo padece de recaídas presocráticas: “Para mí el sol tiene dimensiones cambiantes, a veces lo veo con un diámetro de apenas dos dedos y otras lo veo cual un ruidoso meteoro catastrófico que lanza chorros de fuego”. Ya no me asombra leer unas páginas más atrás la mitificación del sur más remoto: “Tierra del Fuego: el joven Darwin viaja hacia Tierra del Fuego... ¡qué hermoso deben de ser esos parajes! Inmensos bosques fríos bañados por la lluvia. Una luz violenta que sale de entre un infinito amontonamiento de nubes. El mar y las montañas de cortantes contornos. Ni seres humanos ni serpientes. ¡Qué hermoso debe de ser!” Pero un momento, ¿cuántas veces en este hojear he visto ya la palabra *luna*? Y me fijo con cuidado, y busco y rebusco, y las cuento estupefacto, y me doy cuenta para acabar de redondear el anillo de las coincidencias que el bueno de Arno es un verdadero devoto de la luna: con facilidad pasmosa produce y multiplica los símiles, evidentes y a la vez inesperados. Decenas y decenas y decenas de símiles, tantos que de coleccionarlos se obtendría un librito de greguerías digno de Gómez de la Serna, tantos como si la misma Señora de la Noche hubiera estallado diseminando como polvo de diamantes la infinita cohorte de sus semejanzas sobre el texto de homenaje a su amigo el fauno.

En sus distintas fases la luna es hoz y arado en los prados de las nubes, insecto en las ramas de los árboles, más cara mortuoria, calvo cráneo mongólico, arete entre el cabello de la amada, góndola anclada en la corriente de nubes, rígido machete plateado abriéndose paso en la jungla de nubes, pez (luna) entre estrellas (de mar), garra plateada que destroza las nubes, y así siguiendo, haiku tras haiku interminablemente. ¿Cómo es posible que el único libro que se cuela en mi equipaje resulte ser como una verdadera segunda piel del flujo de estos últimos meses de mi fantasía? ¿Quién teje y desteje la trama infinita y estrechísima de las casualidades? “Danae teje el tiempo dora do por el Nilo”, me responde Lezama, incongruente y sorpresivo, desde algún rincón de mi memoria.

La brújula me indica que la puerta del baño (curiosa mente, corregida) está al norte de mi posición, y que al sur tengo la del armario. Sur, armario, ataúd. No está mal. Norte y sur: dos puertas. Pero no, la aguja, lentona, termina de acomodarse y señala con el rabo el sur corno un punto indefinible entre la puerta del armario y la del corredor. Pero tampoco —es una brújula indecisa: mejor es que vaya descifrándole el temperamento desde ya— por que ahora termina por anclar el rabo directamente en la puerta del corredor. Esta brújula es como aquellos pajari-
tos de feria que elegían la tarjeta del horóscopo y te la traían en el pico. No es una brújula, es una especie de oráculo que me dice por sobre el hombro: “vas al sur, salí por esa puerta”.

Puesto que no se le propone ningún ser más allá de nuestra experiencia el Dios de Spinoza es el único irrefutable, de hecho es el único cuya existencia no necesita de demostración —que es lo que buscaba Spinoza para huir de las argumentaciones tan repetidas como inconvincentes y caer parado en el espíritu de certidumbre experimental de su siglo. Por si eso fuera poco tiene la ventaja —hasta sobre el no-dios de los budistas— de que no hay que rezar le (al menos el inventor de la criatura no dejó fórmula a tales efectos, y un espíritu sistemático como el suyo la hubiera dejado si fuera necesaria). Esta disgresión a) empezó a fermentar desde temprano en la tarde con mi incursión en los dominios de la óptica, para mí ineludiblemente vinculados al pulidor de lentes y filósofo en sus ratos libres Baruch de Spinoza (un lente perfectamente pulido permite, una perfecta visión; un Libro perfectamente *pulido* —more geométrico, digamos— permitirá una perfecta Visión), b) alcanzó su punto de cocción hace unos minutos al asociar inconscientemente el Atlas que se confunde con el territorio que describe con el Deus sive natura (Dios = Naturaleza) spinocista, y c) fue precipitada por el pantagruélico trago

de whisky que acaba de colárseme entre pecho y espalda.

Picoteando fugazmente releo lo escrito en estos cuadernos. Obviamente que huele a literatura aunque hace rato largo que descarté escribir a contrarreloj una novela. De hecho y puesto que una novela es por definición un texto informe, bastaría con numerar estas notas y agregar le a cada una un título como ya tienen las dos primeras, para tener una novela. Supongo que, sin decírmelo, ésta era la intención desde el principio. ¿Tendría sentido publicar esto? ¿Sentido para quién? De releerlo a fondo no soy capaz (de corregirlo menos), de manera que no puedo saber si tiene sentido siquiera para mí mismo. Es tarde para intentar desentrañarlo. De estas notas sólo puedo sospechar que formaron parte del proceso que, como quiera que sea, me permite partir por lo menos tranquilo y relajado al combate final y hacia mi rumba polar. Súbitamente decido que mañana por la mañana, al ir al Correo para enviar las cartas a mi familia, enviaré también estos cuadernos a Malena con un cheque para que busque a quien se ocupe de la impresión. Lo hace, estoy seguro. Decido también utilizar un seudónimo, para no molestar a mi familia. ¿Qué seudónimo? Cualquiera. Cuestión de abrir el directorio telefónico y elegir un nombre raro. Pensándolo bien podría utilizar el mismo con que el año pasado envié inútilmente mis cuentos a Libros del Inquisidor. A lo mejor leyendo esto le encuentran el chiste a aquello y lo publican. Carambola. Desde niño fui afecto a las causalidades improbables y a los devaneos triunfalistas. ¿Y qué? Por lo demás, bien mirada, es ésta otra estrategia en mi combate contra la muerte (la estrategia de Stendhal, según Canetti): me invento una posteridad triunfal. Dejo cabos sueltos que en un futuro posible producirán carambolas epifánicas que mantendrán viva (en y con la vida de los demás) mi experiencia vital hipostasiada en mis escritos y mantendrán viva la cifra de mi ser, que es mi nombre (aunque sobreviva disfrazado en un seudónimo).

Me dejo llevar por la relectura, hasta detenerme allí (de una vez numero las notas y “allí” resulta ser en la nota XI) donde quería escribir *puta* y me salía *pura*, y me doy cuenta de que lo que el lapsus denuncia es mi rechazo de la cosa onettiana. En efecto: al *decir* “nunca pensé que fueras tan puta” estaba *actuando* el todo-es-una-mierda que suda la cosa onettiana, mientras que después, al intentar *relatar* ese decir, mi visión de las cosas, que es ciertamente otra, se rebelaba y sabotaba el relato corrigiendo una letra. (Lo realmente interesante para mí del entredicho, puesto bajo la lupa, es esto: para mí —no sólo para mí, por supuesto— los otros, El Otro es el lugar de la impostura, de lo teatral; la soledad, la escritura es el lugar de la verdad. No en vano me voy a morir solo: quiero vencer a la muerte en la realidad, no en el teatro). ¿Por qué en ese momento —y también por ejemplo cuando le enrostraba a Malena sus servicios sexuales al ascensorista (nota x)— actué mi versión del miserabilismo onettiano? Si en el contexto de la cópula se me hacía necesario cambiar de piel podría haber actuado cualquier otra piel culturosa de las que domino. Si me salió *esa* es, probablemente, porque es la actitud con la que más deseo *distanciarme*, a la que más necesito tratar como objeto, como ajena a mí (cosa que consigo radicalmente al *actuarla*: está el actor y está lo que actúa; al actuar se *vive* esa distancia) precisamente porque el medio me la ha impuesto y la mamé demasiado y la rechazo especialmente. Y la rechazo no tanto por la voluntad de destrucción de valores (amor, comunidad, autosuperación, conocimiento, ver dad, progreso, etc.) con que se define (tarea que no me parece sino una más en el abigarrado carnaval cultural del siglo) sino más bien por la *impostura* hacia la que se desliza (y en la que encarna: el duro cinismo superficial encubre la nostalgia de esos mismos valores en los que se caga. A esta especie de impostura consistente en presentar figura de duro —de patán si cuadra— y ocultar los más tiernos y estereotipados esquemas sentimentales la llamamos pudor y —desde el tango en adelante— decimos que es una característica del ser uruguayo. Gracias pero no. El *pura* que me salía no hacía sino denunciar —ante todo a mi propia atención— al *puta* como impostura. Parodiar era una

conducta de defensa, y corregir la parodia, otra.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso no es ese mismo pudor pero hipertrofiado a nivel catástrofe el que lo lleva a Ud. a irse a morir a donde nadie lo vea?

—Espero que no. Según yo mi puesta en escena de mi muerte lo que busca es derrotar a la muerte ofreciéndole el único combate en el que se puede derrotarla: aquel en el que se la enfrenta a lo que ya es vacío y es nada. Para lograrlo tengo que huir de mí, disolverme en el Todo, “dejarle a la muerte los huesitos”, como dicen en Menora.

—Acepto que para semejante operación —por demás improbable— necesite Ud. de algún tipo de aislamiento. Pero ¿necesita irse *al fin del mundo*? ¿No revela este extremismo una impostura, una pose? ¿Por qué no alquila un chalecito en Santa Luda del Este?

—Dentro del propio país y aún dentro de la propia cultura y aún simplemente entre los hombres uno está a cada instante en comunicación con todo lo que lo rodea. Hay miñadas de sutiles, indescriptibles, indescifrables intercambios comunicativos en todos los niveles del ser, aun y sobre todo en aquellos niveles que no conocemos ni controlamos. Es como cuando estamos dentro de la propia casa y estamos inconscientemente atentos y tenemos inconscientemente presentes cada sonido y cada olor, cada signo y cada recuerdo que acecha en cada objeto. Para cortar la comunicación con todo, para que no haya interferencia alguna y pueda intentar cortar la comunicación conmigo mismo/ con mis tics, mi memoria, mis pasiones, para poder atar todo el paquete a un globo con helio para que se lo lleve el viento, para poder liberar del lastre al espíritu de manera que pueda expandirse y disolverse sin límite ni restricción alguna en el ser del Todo, para eso hay que salir de la casa y del país y de la propia cultura y de entre los hombres y hay que irse al desierto del fin del mundo.

Y bien: imagino que sé a dónde voy y qué voy a hacer. Pero ¿es cierto? ¿Seré capaz de realizar esa extraña y compleja operación a la que llamo *salir de mí*? Como todos he tenido por instantes, fugacísimos y al azar, involuntaria, distraídamente, ese tipo de experiencias. Pero ¿lograrlo deliberadamente e instalarme en ello? ¿Con qué calificación de habilidades cuento para semejante logro? ¿Cuál es mi training? ¿La lectura de *Medianoche en Serampor*? Más bien: sé que lo lograré sencillamente porque no hay de otra. Porque esta fuga metafísica es la única manera —que sea yo capaz de fantasear— de evitar el horror de mi ineludible cita con la muerte. Y porque no me dejo alterar nativa: el logro perfecto y la redención definitiva o el horror absoluto, sin atenuantes, de simplemente morir, pero además, dada mi apuesta, de morir en total soledad, sin la mirada de los demás para descansar del horror fingiendo la dignidad estoica. Y sin embargo, aunque estoy seguro del logro, insisto con la que razonablemente me parece la *última* pregunta: toda esta cosa de la huida metafísica, de dejarle a la muerte la cascara vacía y demás ¿no será una gran coartada para poder seguir aplazando la aceptación cabal del hecho concreto de que me voy a morir en unos pocos meses? ¿No será esto como lo del cristiano verdadero —que confía en que apenas cerrados los ojos los abrirá a la vida verdadera— pero mejor porque según yo me ahorraré el trago amargo puesto que cuando cierre los ojos ya no estaré allí? (Pero si no estaré allí ¿quién se ocupará de lanzar la cascara vacía al océano?). ¿No será que así como no me comprometí jamás con nada en el mundo sino que me dediqué a sobrevolarlo como si fuera un espectáculo de feria asimismo soy incapaz de asumir que me muero y me dedico a travestir el hecho, a convertirlo en una especie de épica de la conciencia que se derrumbará en el último momento dejándome ya entrado en el pan tano del dolor, absolutamente solo, de cara al aullido y al horror para que sin más y sin oropeles metafísicos me lance de cabeza a donde sea con tal de clausurar de una buena vez Todo y sobre todo el pavor a la Nada? No, sencillamente no. Lo digo y lo repito: el hombre es un aparato mágico capaz de trascender los límites de lo biológico y las barreras del miedo para acceder a formas superiores del ser mediante la disolución de su conciencia.

Son casi las nueve de la noche. Estoy cansado y un poco borracho y es hora de conseguirle un hueso al cuzco, que quedó al cuidado del vigilante del garaje del hotel. Ya deben de estar por cerrar los supermercados. Es hora de cerrar este cuaderno definitivamente.

No todavía: al cerrar el cuaderno sentí físicamente que cortaba el lazo que me une a mi pasado, tanto como lo sentí hoy de mañana al subir al ferry. Instantáneamente se disparó otro mecanismo de defensa: veloces como relámpagos los juegos de la memoria acuden al rescate y me proveen de una nueva tarea que permitirá sin duda que sea más gradual y menos traumática la cirugía. Primero recordé las horas que pasé en el ferry hoy temprano. En la cubierta un muchachito leía, completamente absorto. A la inmensidad del horizonte y al furioso patinar del ferry sobre la superficie mansa y marrón del estuario el joven oponía la inmovilidad perfecta del que descifrando miríadas de garabatos suspende su realidad para acceder a cielos imaginarios, magias ajenas y ritos extraños. Amodorrado en mi butaca, somnoliento, acariciado por el sol y por la brisa, dejé que me invadieran las imágenes y moviendo apenas tres dedos anoté en los márgenes del ticket del ferry palabras que me parecieron con total felicidad devolverle a todo la transparencia perdida. Me despertó el revoloteo de mis papeles, libres al fin, lanzándose por la borda. Mi joven compañero de viaje había cerrado su libro —dejando un dedo dentro— para observar mi modesta desgracia. Cuando tropezaron con mi mirada sus ojos huyeron prestamente y fingió un bostezo. Fue entonces que leí el título de su libro: *Los autonautas de la cosmopista*. Es el libro de Cortázar que, leídos los demás, decidí guardar para después, imitando a Mutis, que guarda un par de libros de Conrad para cuando viejo. Sólo que en mi caso no habrá después y ya no habré de leerlo.

—¿Por qué no —me pregunté cortando el flashback— si tengo tiempo suficiente?

—Porque ya no puedo estar, dado mi proyecto, etc., sino conmigo, “sitiado en mi epidermis”.

—De acuerdo, pero atención —me retruqué inesperadamente— ya no puedo leerlo, pero sí puedo *escribirlo*. ¡Puedo ser el verdadero Fierre Menard, verdadero autor de *Los autonautas de la cosmopista*!

Sin más —está claro que a esta altura me encuentro, y a fondo, en el terreno del súbito alcohólico— decido hacerlo. Compró una docena o dos de cuadernos de tapa dura, una cámara Polaroid (o dos), veinte o treinta rollos de fotos, dos o tres álbumes de fotos para protegerlas de las broncas atmósferas fueguinas, y a partir de mañana escribo la bitácora de mi viaje al sur, de mi viaje de metamorfosis cósmica. Todo estará allí: direcciones, rutas, tiempos/ climas, incidentes, interpretaciones el paisaje, abrazos (que los habrá sin duda en el camino, al menos mientras sea capaz de desearlos) y cada carcajada que pueda exprimirle a las palabras o a las cosas, y cada mínimo cambio que testimonie de una nueva etapa en la ascesis que me llevará por la cosmopista al país sin muerte.

Y sé que estaré reescribiendo así mi no leído Cortázar, porque el viaje esencial del Julio, más allá de las cosmopistas, y los transatlánticos y los trenes urbanos o transeuropeos, era el viaje hacia el país de la magia (de la Maga) del Michaux de *Aïlleurs*, y no hay más magia que la de abolir la muerte. Y cuando llegue el glorioso momento del mutis dejaré en la camioneta ese último escrito y las fotos, seguro de que no le pasará lo que a la *Súmula nunca infusa* y de que habrá un Las Casas para rescatar del olvido la bitácora de mi viaje a un continente mucho más ignorado y ofrecérsela a mi futuro exégeta, para el que firmaré con el seudónimo y, a continuación, con la aclaración del verdadero nombre, de manera tal que cuando desempolve *Aurora lunar* y edite finalmente mi obra completa pueda agregar en el prólogo lo poco que para entonces y más allá de los textos, pueda averiguar acerca de mi paso por el mundo (que no será mucho más que lo que encuentre en el Registro Civil y en el de Comercio, si no se incendia ron los edificios o si a los legajos no se los comieron los ratones).

—La Espasa no es cualquier enciclopedia. Fue un emprendimiento por lo menos tan delirante como la mismísima Biblioteca de Alejandría.

—No sabía... —dijo, tragando claramente el anzuelo. Acomodamos el cuerpo como para seguir conversando. Le hablé de la diferencia entre la Encyclopédie, que sólo se proponía cambiar el mundo, y el inmoderado deseo de inventariar el Universo que subyacía a la Espasa. Traté de explicarle el sentido de esta desmesura en el contexto de la cultura española en general, y en particular vinculándola a la conciencia angustiada de estar retrasados respecto de sus vecinos que padecían los intelectuales españoles de principios del siglo. Le di algunos ejemplos extremos de esa desmesura —poseído del espíritu de la cosa exageré (quizá) asegurándole decenas de páginas solo para exponer la historia y milagros del color Amarillo— y para acabar de espolear su curiosidad (le brillaban los ojos) le hablé de las infinitas biografías de españoles de todo pelo y calibre, incluidas las de los infinitos colaboradores de la Espasa y las de los futuros biógrafos de los infinitos colaboradores de la Espasa, y así siguiendo. Regrese a tierra asegurándole que, con toda seguridad y por lo menos, en la Espasa encontraría el plano del Palacio en el que estaba la biblioteca y el del barrio en el que estaban el Anexo y las terrazas en las que al atardecer los investigadores se sentaban a tomar cerveza y discutir dificultades y conveniencias.

—Uau —dijo, bajito, aplastado por el esperpento. Lo dejé recuperarse. Por suerte. Porque en el par de segundos de silencio que pactamos, la información terminó de acomodársele y produjo la perlita que motiva este capítulo extra.

—Eso me hace recordar —dijo— un libro de mi abuelo que hablaba de un mapa que era tan detallado que incluía al mismo mapa, que a su vez era tan detallado que incluía otra vez al mismo mapa, y así siguiendo.

—¿Qué mapa? —pregunté anonadado por la coincidencia: en menos de tres horas había formulado inocente mente una fantasía cartográfica, la había reencontrado en un libro afectado de contrabando a un equipaje calculada mente desprovisto de libros y la reencontraba ahora en una conversación casual con un desconocido—. Es decir, ¿qué libro?

—Bueno, no recuerdo el título: sólo leí esas páginas porque estaban subrayadas —más azares, casualidades, coincidencias. El chico, sin duda que perceptivo y sensible, se había dado cuenta de la índole especial de mi interés—. Pero vivo a dos cuadras. Si quiere me acompaña y se lo muestro.

“Bueno”, me dije, “estas cosas son así: absurdas en progresión geométrica. Inútil resistirse”. Era un apartamento enorme (tanto como el número 50 del 302 bis de la calle Sadóvaya), en un edificio viejo y señorial. Sólo los muebles, ciclópeos y mucho más viejos que el edificio, valían una fortuna.

—¿Vivís solo aquí?

—Sí —respondió, y agregó con calculada indiferencia—. Se murieron todos.

—¿A la vez? —pregunté alarmado.

—No a la vez. Cada uno de lo suyo. Hasta que quedé solo.

Por un instante me pregunté si no tendría a toda su familia cortada en pedacitos en el refri. Pero no, eso aquí no pasa, sólo sucede entre los bárbaros. (Esta última, tomada en abstracto, debe de ser la afirmación más ingenuamente optimista posible ¿no?) Me llevó a la biblioteca. Era una sala por demás espaciosa, con sólo una débil isla de luz sobre el escritorio, y las paredes hasta el penumbroso y altísimo techo pobladas de libros encerrados en vitrinas. (Y aquí, como se verá, tropiezo otra vez con el símil del murciélago. Por algo será). Al entrar en la oscura sala me pareció entrar en una caverna en cuyas paredes dormieran colgados infinitos murciélagos. ¿Se echarían de pronto a volar enloquecidos chillando infernalmente en sus jaulas de vidrio? En el centro de la habitación había, desconsideradamente amontonado, un gran

cerro de libros.

—¿Estos son los que vas a quemar? —bromeé.

—Esos son los que ya sé qué son —dijo ambiguamente, un tanto sobresaltado.

Empujó una escalerilla sujeta con un riel, trepó y con total precisión extrajo de la cima de una vitrina el libro prometido. Eran cuatro tomitos en rústica, frágiles las tapas por la edad, mantenido el conjunto en orden por una banda elástica. *Il mondo e l'individuo*, leí y encima: Josiah Royce.

—Mi abuelo era italiano —murmuró. Laternza & Figli Editori, Bari, 1914.

—Y tú también lees italiano.

—Aquí en casa, entre nosotros, sólo hablábamos italiano. Pero lea, lea lo de los mapas. Son las únicas páginas subrayadas en el tercer tomo. Mientras, yo preparo algo para cenar. Me acompaña ¿no? Y después le cuento por qué me interesa el incendio en Alejandría —agregó con tono sobria pero quizá deliberadamente misterioso.

No sé cuánto tiempo pasé solo en la biblioteca, probablemente un par de horas. El pasaje no era extenso, pero tomé abundante notas y la hipnótica penumbra del recinto me resultó propicia para las ensoñaciones. Royce era un filósofo norteamericano de fines y principios de siglo. Un tío mentalmente sano y robusto, voluntariosamente aplicado a transformar las telarañas de la especulación alemana en líneas sólidas de pensamiento para el ciudadano de a pie. Desbrozando los laberintos de la epistemología no encontró mejor materia que la cartografía para ilustrar los tenués límites entre la realidad y el discurso. Y lo que imagina a tal efecto prueba simplemente que tenía yo razón al presumir hace un rato que no podía ser difícil encontrarle prosapia a nuestra (de Arno y mía) fantasía mapera.

En resumen Royce dice que el mapa ideal (absolutamente perfecto) realiza absolutamente la correspondencia punto por punto de la superficie reproducida con su reproducción. Pero además dice que si dicho mapa se realizara sobre parte de la superficie mapeada, para ser perfecto deberá incluir (siguiendo la definición anterior) una representación de su propio contorno y de su propio contenido. Este nuevo mapa dentro del mapa, perfecto como a su vez inevitablemente será, deberá a su vez contener en el punto adecuado una representación de su propio contorno y de su propio contenido. Y así siguiendo infinita mente.

Royce, pues, perfecciona nuestra fantasía porque con él ya no sólo se trata de la proliferación caprichosa y carnalesca del detalle en la reproducción, sino de la necesaria existencia de *un* detalle (el propio mapa: punctum, aleph) que reproduce una y otra vez, infinita y vertiginosamente, al conjunto mapeado, o sea a una sección del mundo, o al mundo entero dado un planisferio, o al Universo mismo dado el caso, o sea: dado el Mapa de los Mapas. Un diseñador electrónico de gráficos se lanzaría con especial fruición a *realizar* también esta fantasía perfeccionada (aunque sea realizándola a nivel de tromp-el'-oeil, que ya es más que la imposibilidad que declara Royce): resultaría una de esas elegantes imágenes circulares, neuróticamente tranquilizadoras en su recurrencia, que le debemos al minimalismo y que están tan de moda. Y no podrá sorprender la adecuación entre la fantasía y su medio de *realización*, porque sustentando la fantasía de Royce están las matemáticas de Cantor y de Dedekind, y sus secuencias en el terreno de la lógica, parte pues del rebaño sagrado que parió a la informática. Nociones como la de infinito, concretizada, *domada* finalmente por nuestra imaginación gracias a la noción matemática de infinito, y no antes ¿son el marco, la condición de posibilidad de nuestra fantasía mapera? Siguiendo el hilo de la evolución de las matemáticas, y en particular de la noción de infinito matemático (regresando hasta Leibniz y Newton y más atrás) ¿es posible trazar la emergencia de esta fantasía mapera, recuperar los indicios de esa emergencia? Los cartógrafos de Alejandría ¿no la tuvieron? O está en la naturaleza misma del mapear el querer meter *todo* en el mapa (aparentemente para que sea más útil pero en realidad

para intentar *contener* la diversidad infinita del mundo)? Diversidad interminable, número incontable, eternidad ¿son formas elementales de experimentar el pavoroso infinito? Los relatos del génesis, la confección de mapas, el dibujo de constelaciones ¿son respuestas elementales para protegerse del pavor que subyace en lo incontable, en lo inagotable, en la ausencia de un principio?

Cuando volví a mirar el reloj eran más de las dos de la mañana. Y si levanté la cabeza fue porque desde muy cerca me llegó un sofocado chillido, como de ratón ¿o de murciélago?, y al volverme capté con sobresalto que una de las puertas de la vitrina se abría lentamente. Quizá chillaron sus goznes. Me paré y me acerqué: abrí y cerré la puerta, pero no chilló.

Entre las cerradas filas de vetustas y pesadas encuadernaciones oscuras destaca un libro de lomo blanco. Lo tomo. Es *La provincia del hombre*. Lo abro al azar, e inclinándolo para captar el débil resplandor que llega desde la mesa, leo el más breve de los aforismos: “una religión que prohibiera los rezos”, que le hace eco distorsionado a la ventaja que hace un rato le encontraba yo a la religión de Spinoza, de ser una religión sin rezos. Para reinsertar el tomo blanco en las apretadas filas me veo obligado a re mover el volumen de junto. Las letras doradas de su título captan por un instante el débil resplandor: es el *Pantchatantra*. La edición es francesa, de 1871, y al pasar las páginas truenan como si fueran de cartulina. Sobre una página blanca, con caligrafía de otro mundo, de una cultura occidental que ya no es la nuestra, con trazos que rezuman belleza y carácter, hay dibujado más que escrito un poema a cuyo pie se indica el autor ¿o la aurora?: Vidyapati. Dice así: *La diadema de la luna./ la cabellera cruza por su cara/ como nubes negrísimas/ por la luna./ Su guirnalda deshecha/ anda por su pelo/ igual que en aguas desbordadas./ Hoy, refinadamente/ ella es quien monta en él./ Se gana con amor/ las perlas de su frente./ Con toda fuerza cae/ sobre los labios de su amado/ como una luna halcón/ sobre una flor de loto./ El collar va y viene/ bajo los pechos que se agitan/ como borbotones de leche/ en cántaros colmados./ Los cascabeles de su cinto/ suenan a gloria del dios del amor.*

Pensé en robarme el tomo, como acostumbran hacer los personajes de Schmidt. Pero ¿para qué? En mi equipaje de guerra no hay lugar para libros. (Es curiosos: el personaje de Canetti quema libros, los de Schmidt se los roban).

Tampoco pude evitar curiosear en el tomo que flanqueaba del otro lado al *Pantchatantra*, quizá porque lo programático del título me invitó a esperar de él alguna utilidad: *El otro mundo* se llamaba, y era una edición de 1921 del texto de Cyrano de Bergerac. Leí, ya sin sorpresa, pero en estado de maravilla su primer párrafo: “La luna estaba llena, el cielo límpido. Los diversos pensamientos que suscitó en nosotros esa bola de azafrán nos entretuvieron en el camino. Así, con los ojos fijos en ese gran astro, uno de nosotros lo tomaba por un tragaluz del cielo a través del cual se vislumbra la gloria de los bienaventurados; otro, creyente de las fábulas antiguas, se imaginaba que posiblemente Baco tenía una taberna allá arriba en el cielo, y que había colgado a ella, como letrero, la luna llena; otro aseguraba que era la lámina en la que Diana le plancha el cuello a Apolo; otro más, que bien podría ser el mismo sol, que, habiéndose despojado de sus rayos por la noche, miraba por un agujero lo que hacíamos en el mundo cuando él ya no se encontraba ahí.”

Es posible (aunque difícil) que el bueno de Amo no conociera los poemas de Vidyapati —sin duda que reivindicaría encantado la perfección clásica de ese símil que anuda en el vértigo de la tormenta amorosa y atmosférica la negrura de la cabellera y de las nubes con la blancura de la luna y del rostro de la amada—, pero esos amigotes que se pasean de noche buscándole símiles eruditos o graciosos a la luna francamente parecen de la mismísima prosapia de su Herr Dühring. Me siento una especie de pararrayos, de epicentro, de punctum imantado hacia el que convergen para reanudarse y redefinirse los más variados circuitos de imágenes, ideas y

ocurrencias. El hombre Omega. ¿Cuál es el nombre académico para esta especie de megalomanía mediúmnica? Me llevé el libro a la mesa para leer más cómodo: “Una vez que llegué a mi casa, subí a mi gabinete, en cuya mesa encontré un libro abierto que yo no había puesto ahí. Era el de Cardano; y, aunque no tenía intenciones de leerlo, mi vista fue a dar, *como por la fuerza*, precisamente a un pasaje en el que el filósofo...”

¡Parece que el narigón tenía el mismo complejo de pararrayos que me viene aquejando! Y no le sorprende menos que a mí: “—¡Cómo! —me decía a mí mismo—, después de haber hablado precisamente hoy de algo, un libro, que es quizás *el único en el mundo* en que se trata ésta materia de manera tan particular, vuela de mi biblioteca a mi mesa, se vuelve capaz de razonar, para abrirse exactamente en el lugar y atrae mis ojos hacia él, como por la fuerza, ¡y proporciona enseguida a mi fantasía las reflexiones y a mi voluntad los designios que tengo!”

¿Para qué todo esto? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué o quién está tratando de decirme algo por medio de esta red aparentemente interminable de coincidencias? El mundo en torno me parece estar convirtiéndose en una sutilísima escenografía barroca que responde como en eco ó en espejo a las más azarosas ocurrencias que me cruzan por la mente. El mundo me imita y me responde como si se transformara en mí ó como si yo me desbordara en él. ¿Por qué precisamente *ahora* que todo termina para mí? Precisamente por eso, porque todo termina para mí: ¡quizá éste sea el comienzo de la disolución de mi Yo a la que he apelado para eludir a la Muerte!

Busqué a mi anfitrión por toda la casa y no estaba. Vagamente recordé haber oído sonar un teléfono. Seguramente tuvo que salir, quién sabe para regresar cuándo. Opté por irme, dejándole un saludo agradecido junto a la veladora que permitió mi lectura. De todas maneras, después de lo que me regaló, cualquier otro intercambio con mi escurridizo y ambiguo benefactor me hubiera resultado pobre. El Sur soplabá navajas y las inmensas avenidas estaban desiertas. Caminando soñé que no había luz alguna en la ciudad y que yo avanzaba solo entre los oscuros y rectangulares desfiladeros y barrancas, en un paseo más allá del tiempo y de las civilizaciones, liberando a mi paso infinitos sueños atrapados, olvidados por sus durmientes hace mil años en las laberínticas entrañas del cemento (otra vez la caverna, otra vez el vuelo atrapado), sueños que al encontrar en mí un camino afuera estallaban a mi paso, a mis espaldas y sobre mi cabeza como fuegos artificiales cargados con la pólvora del erotismo, la desesperación y la muerte. Veo en la imaginación de este sueño despierto una metaforización, utilizando tópicos vulgares de la ciencia ficción, de mi ataque de megalomanía mediúmnica, pero veo también en obra un mecanismo de fuga por inversión: puesto que soy yo el que debe morir doy por muerta a la civilización entera y yo soy el superviviente que se pasea removiendo y apagando las últimas cenizas.

Amanece mientras termino de recordar y de describir la noche. Más vale que duerma un par de horas antes de sacarme definitivamente de encima este lastre de papel, para hacer luego las últimas compras y lanzarme después hacia el sur por la cosmopista. ¿Cuál es el sentido de estas *series* —como le gustaría llamarlas al tal Royce—: la serie de la luna, la serie de la escalada sexual, la de los mapas?

Me parece que, entrelazándose, han terminado por convertirse en el esqueleto de éste texto, que al irse produciendo se imaginaba bastante más inocente como forma. No sé cuál es su sentido, ni puedo investigarlo, ni puedo inventarme uno. Microestructuras espontáneas flotando en el caos, sugiriendo direcciones que uno sigue con curiosidad y deleite, sin esperanza y sin miedo, hasta que el reloj se apaga. Actuó como pararrayos que las atrae sólo para mis ojos porque hay algo en mí que las seduce. ¿Qué? Es probable que simplemente mi necesidad de verlas, ya que son quizá, efectivamente, la puertita entreabierta por la que podré deslizarme hacia esa disolución del Yo en el Todo desde la que podré vencer a la Muerte. Al

compartirlas dejándolas aquí estampadas como mariposas pinchadas dentro de una vitrina (otra vez el vuelo atrapado y ya es otra serie) quizá alguien heredará alguna vez de mí la habilidad para merecerlas, y entonces mi Ser salido, huido, diluido, indiferenciado en el Todo reencarnará en el escriba de espalda curvada, rostro picado de viruela y anteojos culo de botella (así, quién sabe por qué, inesperadamente lo visualizo) y tendrá una chance más para perfeccionar sus fantasías.

(Post scriptum a mediodía: soñé que caía en la oscuridad resbalando interminablemente sobre superficies lisas y breves en las que me era imposible asirme, y que luego descubría que eran de papel en el que mis ojos conseguían en plena oscuridad distinguir —enorme— mi propia letra, hasta que comprendía que me había vuelto pequeñísimo como un liliputiense y que me había caído por la ranura de la chanchita y que resbalaba sobre mis incontables notas y apuntes en dirección al fondo de la caja, pero el fondo de la caja no llegaba nunca, hasta que desperté angustiado por la convicción de que por descuido me habían incinerado al echar al fuego a la chanchita.)

Nota del Editor

Qué mejor habría de llamarse del traductor o del descifrador, habida cuenta de la naturaleza del esfuerzo que demandó devolver al español los vértigos caligráficos, casi taquigráficos, rudamente estampados en las páginas de estos dos cuadernos que hubieran merecido una edición facsimilar de las que tanto prefiere su admirado Arno Schmidt; cuadernos que además el autor —según nos dice— no tuvo tiempo de releer ni de corregir, y que al llegar a nuestras manos nos obligaron a soplar el polvo de casi tres años de encima de un original

mecanografiado titulado Calientes. Lo declaramos de una vez: ambas obras nos llegaron por correo y sin más firma que el seudónimo que las adorna, y por consiguiente ignoramos la verdadera identidad del autor: se nos requirió que mediante una señal (demasiado pueril como para consignarla aquí) expresáramos nuestra voluntad de ocuparnos de la edición, hecho lo cual y de inmediato recibimos un monto de dinero que prácticamente cubrió todos los costos.

Calientes como dijimos nos había llegado mecanografiado, y sin más procedimos a su edición. Durante los meses que demandó la preparación de Aurora lunar para la impresión —y dado lo peculiar del caso vale la pena dejar constancia aquí de que ni quedó nudo caligráfico por desatar ni cedimos a la tentación de suplantar al autor corrigiendo el texto siquiera en cuestiones de puntos o comas— no faltó tiempo para verificar las citas que jalonan el texto, precaución necesaria teniendo en cuenta el declarado estado de intoxicación en que a menudo fue producido. Constatamos que, en todo caso, Lissardi no citaba de memoria: cada una de sus citas —inclusive al traducir— es perfectamente precisa. Pero si no cosechamos correcciones, el texto nos resultó fértil en observaciones que juzgamos interesantes y que quisiéramos compartir con el lector.

El R. Gómez de la página 36 es, inconfundiblemente, Gómez de la Serna, al que sin duda tiene razón en remitirse Lissardi en la página 101 dado su lunismo” (que así lo llamaría sin duda el mismo de la Serna) verdaderamente paradigmático (véase, por ejemplo, sus Gestos de la luna, en Gollerías, Losada, 1946). Dado que la obra de Gómez de la Serna no es sino un diluvio de ocurrencias no debiera de sorprender demasiado que se le hayan ocurrido casi todas y que, por consiguiente, abriendo al azar su Los muertos y las muertas (Espasa-Calpe, 3a edición, corregida, 1961) tropiece uno con ésta: “Morir es no saber qué hacer con uno mismo, dónde esconderse. Si nos evaporáramos, el concepto de la muerte no sería tan abrumador. El despojo mortal es el que compromete la idea de morir”, esencialmente idéntica a la fantasía con que divaga Lissardi en la página 39.

Particularmente difícil nos resultó la verificación de citas del autor alemán Amo Schmidt (1914-1979), ya que sus tres novelas cortas edita das en español (La república de los sabios, Minotauro, Bs. As., 1973; Momentos de la vida de un fauno, Fundamentos, Madrid, 1978; El corazón de piedra, Fundamentos, Madrid, 1984; las dos primeras exquisitamente traducidas por Luis Alberto Bixio) no conocieron éxito alguno y son prácticamente inubicables en nuestro medio. Como alguna vez había de tener el provincianismo de nuestra querida Montevideo, mi manifiesto interés en el autor no tardó en ponerme en contacto con su quizá único admirador local, el Dr. Jurgen Ebreinstein-Martínez, a cuya amabilidad debo no sólo haber podido cotejar las citas sino además haber podido consultar la primera traducción de Amo Schmidt al inglés (Collected Novellas, vol. I, Dalkey Archives, 1994) que Lissardi, por su puesto, no conoció. En la medida en que hasta donde pude llegar en mis pesquisas en materia de bibliografía astronómica y antropológica sobre la luna no pude hallar mención alguna referente a auroras lunares —arco iris lunares, sí conoció el astrónomo Clyde Fisher, tal como deja constancia en su La novela de la luna (buen título que debemos más bien al traductor al español) editado por Sudamericana en 1944—, la lectura de la primera obra edita de Schmidt, Enthymesis (1949), incluida en dicho volumen de Collected novellas, vino a liberarme de la obligación... ética, digamos, de salir de la burbuja urbana en noches de luna llena emergente para tratar de determinar la realidad del fenómeno que describe Lissardi. En efecto, en las primeras páginas de Enthymesis, Schmidt —sin utilizar la expresión aurora lunar— describe una así: “Hacia el noreste un velo de luz emergió como una bruma, coronando un cerro en el nítido horizonte: pronto aparecería la luna”. Sospecho que las descripciones del fenómeno —tan discreto y elusivo— que hacen Schmidt y Lissardi son únicas en la literatura universal. Permítaseme agregar que el protagonista de Enthymesis, un astrónomo griego de Alejandría colaborador del célebre Eratóstenés, encamina sus pasos hacia el sur abismándose peligrosamente en la inmensidad del desierto (“prometí al infinito: ahí voy”), y en el momento mismo de la agonía (sed, fiebre) escapa a la muerte metamorfoseándose en un pajarraco mitológico. Sin comentarios.

En la página 101 Lissardi arriesga la opinión de que Jonathan Swift hubiera sido capaz del tipo de fantasía cartográfica a propósito de la cual ha venido discurriendo. No puedo confirmar la especie, pero sí señalar que ese mismo siglo XVII —y la obra del mismo Swift lleva paradigmática mente la buella— es el de la difusión del uso de las lentes y por consiguiente del uso de los micro y los telescopios. En Holanda en particular los nuevos

artefactos significaron una verdadera revolución en la cultura visual. Uno de los epifenómenos menores de ese cambio fue el maridaje de dos géneros de imágenes: los mapas y los paisajes topográficos. Se nos antoja que el híbrido resultante, en sus formas extremas (como por ejemplo en la sorprendente *Vista de Amsterdam* de Jan Micker), encarnaría adecuadamente la fantasía que interesa a Lissardi. (Sobre el tema se puede consultar por demás provechosamente: *El arte de describir* de Svetlana Alpers, Blume, Madrid, 1987.)

Me parece que lo menos que puedo decir de la ¿novela? de Lissardi es que me resulta contagiosa: heme aquí heredero de su red de “azares, casualidades y coincidencias”. Suponiendo que su escrito no sea pura ficción, como *Füostrato*, el astrónomo alejandrino de Schmidt, y como de hecho se lo propuso Lissardi, debe de haber logrado *zafar in extremis*; y debe de haber venido a anidar en mis entendederas, aunque no tengo el dorso curvo, ni la cara llena de cráteres como la luna, ni los ojos de un futuro ciego. La red de coincidencias aparentemente proliferante al infinito que pone en marcha Lissardi parece querer dar fe —también desde la arbitrariedad de lo subjetivo— de la justeza del levita cuando dice que el mundo de los mitos también es redondo.

En cuanto a las crudezas de lenguaje de nuestro autor, nos parece suficiente con reproducir las palabras con que Stendhal (citado por Alexandrian en su *Historia de la literatura erótica*, Planeta, 1990) se burla de la elipsis que en su primera novela, *Armance*, hace tan enigmática la conducta de Octavio (nunca nos dice que Octavio es sexualmente impotente): “En el 2826, si la civilización continuase y yo regresara a la rue Duphot, relataría que Octavio ha comprado un bello consolador portugués de goma elástica que se sujetó cuidadosamente a la pelvis y que con él, después de hacerle ofrecido un goce competo a su mujer... ha coronado valientemente el matrimonio”. No estamos en 2826, pero sí casi en el 2000. La máquina del Consumo (ya que no la de la Razón) ha hecho tabla rasa con buen arte de la pacatería moral que conoció Stendhal: ya no procesamos por pornógrafos a los Flaubert ni a los Joyce, sino que alquilamos nuestras dosis perfectamente inocuas de pornografía en el supermercado y las traemos a casa en la misma bolsa de nylon con los lácteos y los adornos para Navidad. Y sin embargo...

No podemos comprobar el carácter estrictamente autobiográfico de *Aurora lunar*; no sabemos, entonces, si un último manuscrito de Lissardi espera en algún confín de la Tierra del Fuego; por consiguiente no podemos ni promover ni financiar una búsqueda que, por lo demás, iría en contra de la última voluntad (fantasía) postfuturista de nuestro autor. Sólo podemos hacer votos para que un ejército de azares misericordiosos preserven el hipotético testamento literario permitiendo la reconsagración postfutura (perdón por todas las hipérboles) de un autor que desde ya creemos que cuenta con un nicho seguro si no en nuestros cementerios por lo menos en uno de los suburbios menos poblados de la literatura uruguaya de fin de siglo: el de llamar a las cosas por su nombre.